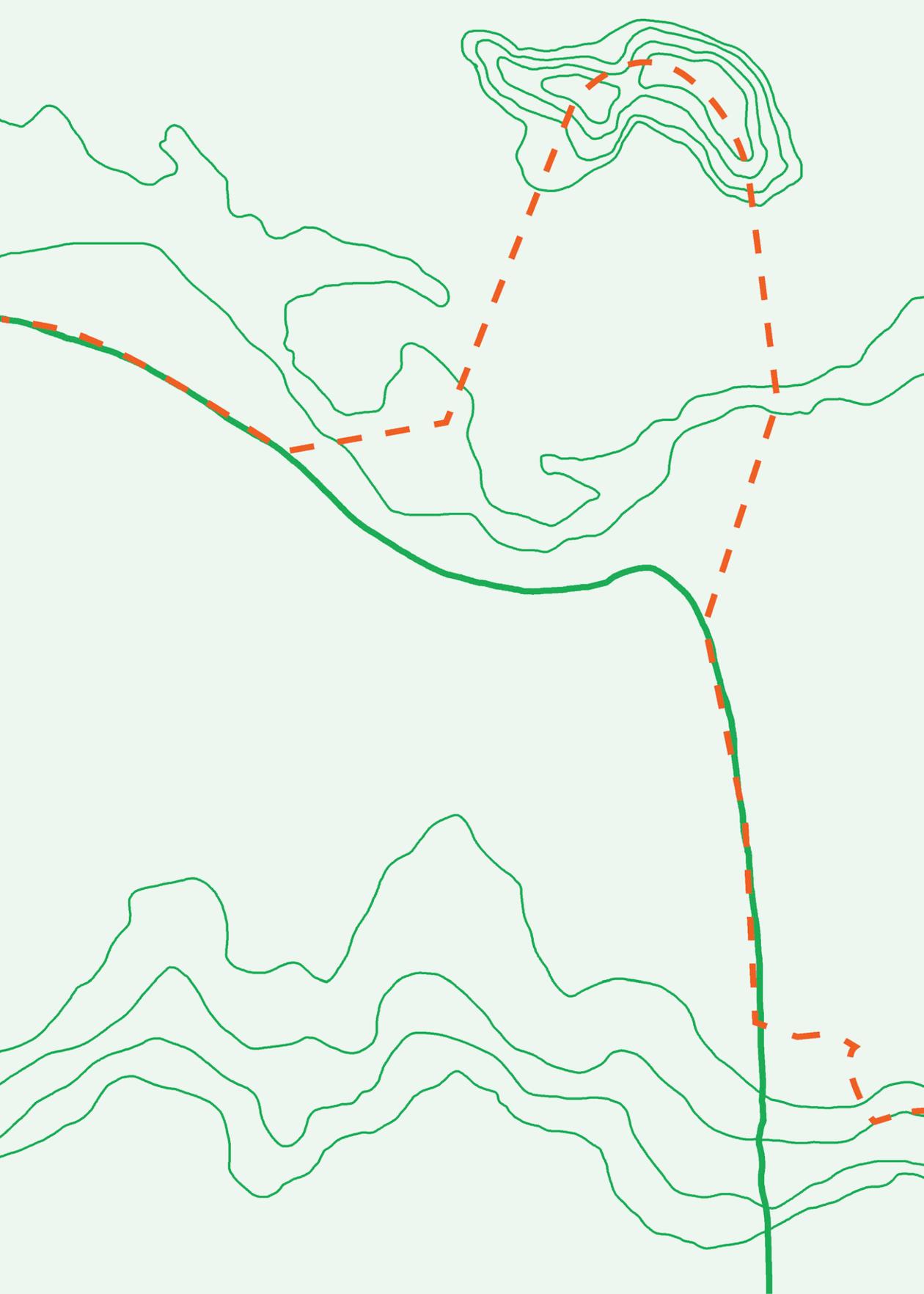


# Colombia,

territorio de *historias*

Concurso Nacional de Escritura





El futuro  
es de todos

Gobierno  
de Colombia

# Colombia, territorio de *historias*

**Concurso Nacional *de* Escritura**



CERLALC

Centro Regional para el Fomento del  
Libro en América Latina y el Caribe  
Bajo los auspicios de la UNESCO





## MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

María Victoria Angulo González  
*Ministra de Educación Nacional*

Constanza Liliana Alarcón  
Párraga

*Viceministra de Preescolar,  
Básica y Media*

Danit María Torres Fuentes  
*Directora de Calidad para la  
Educación Preescolar, Básica  
y Media*

Claudia Marcelina  
Molina Rodríguez  
*Subdirectora de Fomento  
de Competencias*

Alejandra Pacheco Estupiñán  
*Gerente del Plan Nacional  
de Lectura y Escritura*

Gabriela Tique Márquez  
*Equipo técnico PNLE*

## MINISTERIO DE CULTURA

Felipe Buitrago Restrepo  
*Ministro de Cultura*

Adriana Padilla Leal  
*Viceministra de la Creatividad  
y la Economía Naranja*

José Ignacio Argote  
*Viceministro de Fomento  
Regional y Patrimonio*

Julián David Sterling Olave  
*Secretario general*

Amalia de Pombo Espeche  
*Directora de Artes*

Diana Patricia Restrepo  
*Directora Biblioteca Nacional  
de Colombia*

María Orlanda Aristizábal  
*Coordinadora Grupo  
de Literatura*

Diana Rey  
*Directora ejecutiva  
Fundalectura*

## CENTRO REGIONAL PARA EL FOMENTO DEL LIBRO EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (CERLALC)

Andrés Ossa  
*Director*

Francisco Thaine  
*Subdirector técnico*

Jeimy Hernández  
*Coordinadora de Lectura  
y Bibliotecas*

Diana Martínez  
*Coordinadora técnica  
Convenio Cerlalc-MEN*

Sandra Cortés  
*Coordinadora general  
Convenio Cerlalc-MEN*

Fabián Mauricio Martínez  
*Coordinador del Concurso  
Nacional de Escritura*

Miguel Castillo Fuentes  
Henry Alejandro Molano Granados  
*Coordinadores pedagógicos del  
Concurso Nacional de Escritura*

Margarita García Robayo,  
Juan Gabriel Vásquez,  
Irene Vasco, Ángela  
Posada-Swofford, Javier Ortiz  
Cassiani, Pablo Montoya  
*Jurados del Concurso Nacional  
de Escritura*

## COORDINACIÓN EDITORIAL

Juan Pablo Mojica Gómez

## DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE

Camila Cardeñosa Echeverri

## LOGO DE CUBIERTA

Área de Comunicaciones del MEN

## CORRECCIÓN DE ESTILO

Diana López de Mesa

Mayo, 2021

Reservados todos los derechos. La presente publicación no podrá ser reproducida parcial o totalmente, ni registrada ni transmitida por ningún sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso previo, por escrito del Ministerio de Educación.





**«Amo las palabras porque vuelan sin límite, porque llevan los mensajes sin ataduras, porque no necesitan cuerpo para apasionar...».**

CARLOS HERNÁN SARAZA NARANJO

## PRESENTACIONES

**11** COLOMBIA, TERRITORIO DE HISTORIAS

**14** PARA DARLES VOZ A LOS TERRITORIOS:  
COLOMBIA ES UN TERRITORIO DE HISTORIAS

**19** ACTA DE JURADOS

## INFANTIL

### Cuentos

**25** EL OASIS DE BELISSAMA

**26** LAS DOS COLOMBIAS

**31** AL PIE DEL RÍO

**33** LA CATEDRAL

**37** VACACIONES EN LA PLAYA

**41** UN CUADRO PARA LA SEÑORA ALICIA

**44** LOS AUTORES



# JUVENIL

## Cuentos

**49** JAIRO NO SIRVIÓ COMO ABONO PARA YUCAS

**54** PESAJE DEL CORAZÓN

**57** EL AJEDRECISTA

**62** ONCE MADRUGADAS

**66** CARTA A LA LOCURA

**71** MEMORIAS DE MI ABUELA

## Ensayos

**75** LAS CADENAS QUE AÚN LAS ATAN

**79** LA CEGUERA EN TIEMPOS DE PANDEMIA

**83** LA INTERSECCIONALIDAD ES LA CURA

**87** BATMAN, ¿EL PARAMILITAR O JUSTICIERO DE CIUDAD GÓTICA?

**92** PAGARÍA POR UNA ESCULTURA DE MI HERMANO

**96** INFLUENCIA DE LOS *BOTS* EN EL COMPORTAMIENTO HUMANO

**100** LOS AUTORES



# ADULTOS

## Cuentos

**107** LA PARTIDA

**110** UN INSTANTE DE CLARIDAD

**115** LA NEGRITA

**119** A TRAVÉS

**121** NIEBLA

**125** OBSOLESCENCIA PROGRAMADA

## Ensayos

**130** REFLEXIONES PEDAGÓGICAS EN  
TIEMPOS DE PANDEMIA

**134** NOTAS KAFKIANAS  
SOBRE LA PANDEMIA

**138** EL DÍA QUE PERDÍ A MIS  
ESTUDIANTES

**143** LA EDUCACIÓN LAICA DEBERÍA  
SER UNA REALIDAD

**147** ALTERIDAD FRENTE A LAS DIFICULTADES  
ÉTICAS EN EL MARCO DE LA PANDEMIA

**151** ALIMENTO GLOBAL CON ALMA LOCAL

**155** LOS AUTORES



PRESENTACIÓN

# COLOMBIA, TERRITORIO DE HISTORIAS

MARÍA VICTORIA ANGULO GONZÁLEZ

Ministra de Educación Nacional

ES MARAVILLOSO PODER ENCONTRAR EN UN LIBRO EL REFLEJO de la variedad y riqueza de ideas escritas de nuestro país. Distribuida en tres categorías, como las tres cordilleras que se abren paso por el territorio nacional, esta breve y contundente selección de cuentos y ensayos refiere distintos imaginarios de niños, jóvenes y adultos de Colombia. Imaginarios bellamente escritos que nos ayudan a comprender mejor quiénes somos, de dónde venimos, qué soñamos y para dónde vamos. La literatura forma parte de nuestra identidad, nos muestra distintas interpretaciones de nuestra historia y nos revela los ingredientes que componen el alma humana: los sueños, el amor, la muerte, los miedos, la esperanza. Este libro respira colombianidad.

La educación es una de las vías más importantes para el desarrollo y el progreso de nuestro país. Por ello, desde el Ministerio de Educación Nacional, nuestra apuesta es firme y decidida por la democratización de la lectura, la escritura y la oralidad; por el acceso libre a la información y por el desarrollo de las capacidades para formar un país de lectores y escritores críticos y reflexivos, capaces de pensar, concebir y crear un mejor futuro para ese sueño colectivo llamado Colombia.

La alianza entre el Ministerio de Educación Nacional y el Ministerio de Cultura desde el Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento» marca un hito en la promoción de la escritura creativa y argumentativa en el país. Hemos recibido 22 845 textos, que fueron enviados desde todas las regiones. Así, el Concurso Nacional de Escritura «Colombia, territorio de historias» (CNE) marca un precedente para convertirse en una cita anual y anhelada por los colombianos y colombianas que buscan expresarse, ser leídos y reinventar la realidad por medio de la escritura. Recordemos que se lee para comprender el mundo y se escribe para transformarlo.

En esta primera versión del Concurso Nacional de Escritura «Colombia, territorio de historias» recibimos textos de ciudadanos de todos los departamentos de nuestro país. Miles de textos que reconfiguran y actualizan los imaginarios nacionales, entregándonos nuevas maneras de sentir y pensar los múltiples territorios de nuestra geografía nacional y las distintas realidades que vivimos. Estos cuentos y ensayos fueron evaluados en cuatro fases por docentes, profesionales especializados, escritores reconocidos y firmas expertas, quienes tuvieron la difícil tarea de escoger a los treinta ganadores del CNE. Después de este largo recorrido resulta muy emocionante leer los dieciocho cuentos y los doce ensayos de esta primera versión del Concurso y encontrar tanta variedad, calidad y talento.

Esta edición del libro *Colombia, territorio de historias* reúne una colección de textos que, además de divertir, conmover y hacer pensar a los lectores de todas las edades, podrá servirles a los docentes de los establecimientos educativos, a los bibliotecarios escolares, a los promotores de lectura o a quienes estén interesados, como una guía y un rico material de trabajo, que contiene la antología más reciente y contemporánea de la literatura colombiana.

Para el Ministerio de Educación y su Plan Nacional de Lectura y Escritura es un placer y un honor presentarle al país este libro que constituye un actual, diverso y auténtico fresco cultural y educativo de nuestra nación.

PRESENTACIÓN

# **PARA DARLES VOZ A LOS TERRITORIOS: COLOMBIA ES UN TERRITORIO DE HISTORIAS**

CARMEN INÉS VÁSQUEZ CAMACHO  
Ministra de Cultura

PARA EL MINISTERIO DE CULTURA, ORGANIZAR EL CONCURSO Nacional de Escritura «Colombia, territorio de historias», en asociación con el Ministerio de Educación y en alianza con entidades como Fundalectura, el Centro Regional para el Fomento del Libro (Cerlalc), la Cámara Colombiana del Libro y el sector editorial, ha sido una manera de fortalecer muchos de los procesos que hemos adelantado a lo largo y ancho del país, en el marco

del Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento», y se convirtió en una de las estrategias para cumplir las metas del Plan Nacional de Desarrollo.

Consideramos que la escritura es una herramienta fundamental para darles voz a los territorios, enriquecer su memoria, construir su identidad y expresar sus realidades. Gracias a la escritura es posible mirar hacia el pasado e imaginar el futuro. Un futuro en el que cabemos todos, y en el que la palabra es un camino para la armonía, el respeto y la comprensión.

Por eso, desde el Ministerio de Cultura hemos impulsado espacios de escritura creativa en todo el país. La Red de Escritura Creativa Relata, con más de sesenta talleres en igual número de municipios y doce años de existencia, es la red de escritura más importante en América Latina. Ofrece formación presencial y virtual, en géneros como novela, cuento, crónica, dramaturgia, ciencia ficción, narrativas gráficas y gestión editorial. Durante este 2020, en el cual no fue posible realizar los talleres presenciales, la oferta virtual contó con quinientos asistentes. La *Antología Relata*, publicación anual con los textos más destacados de cada taller, cuenta ya con doce ediciones.

Junto a Relata, el programa «Libertad bajo palabra», en alianza con el Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario (Inpec), ha sido una forma de apoyar los procesos de reintegración social de la población carcelaria por medio de talleres de escritura creativa en las cárceles del país, los cuales han beneficiado a cerca de dos mil internos. Al final de cada año publicamos el libro *Libertad bajo palabra*, con los mejores textos del programa.

Por otra parte, entre 2019 y 2020 desarrollamos los proyectos «Mujeres de Buenaventura narran su territorio» y «Mujeres de Tumaco narran su territorio», con los cuales entregamos herramientas de escritura creativa a dos grupos de mujeres de dichos municipios, en un proceso formativo y creativo del que resultaron dos publicaciones

con relatos, crónicas, poemas, canciones y otros textos, en los cuales las escritoras plasmaron sus historias, anhelos y sueños.

Desde la Red Nacional de Bibliotecas Públicas se fomenta la escritura; se destaca dentro de las estrategias el programa «Escritores en las bibliotecas», que este año contó con 142 encuentros presenciales y virtuales en los 32 departamentos del país. En 2020 el total de asistentes presenciales ha sido de 1882 y más de 2000 virtuales.

Por todo lo anterior, ser organizadores del Concurso Nacional de Escritura «Colombia, territorio de historias» es para nosotros una acción indispensable en nuestra tarea diaria de seguir haciendo de las letras una herramienta transformadora. Ampliar la posibilidad de participación en el concurso de niños, jóvenes y adultos, de la comunidad en general y de aquellos ciudadanos que no forman parte del sistema educativo, significa, también, democratizar el acceso a oportunidades culturales en el país, abrir puertas para que todos aquellos que tienen algo que contar lo hagan.

Destinamos cuatro mil cupos para la comunidad y logramos el cien por ciento de la meta dos días antes del cierre del concurso, con participación en las tres categorías: infantil, juvenil, adulto; y en las dos modalidades: cuento y ensayo. Colombia es un país que quiere escribir, que quiere contar sus historias, expresar sus deseos, y nos enorgullece ayudar a que ese sueño pueda hacerse realidad a través de concursos como este, y las cifras hacen evidente ese interés.

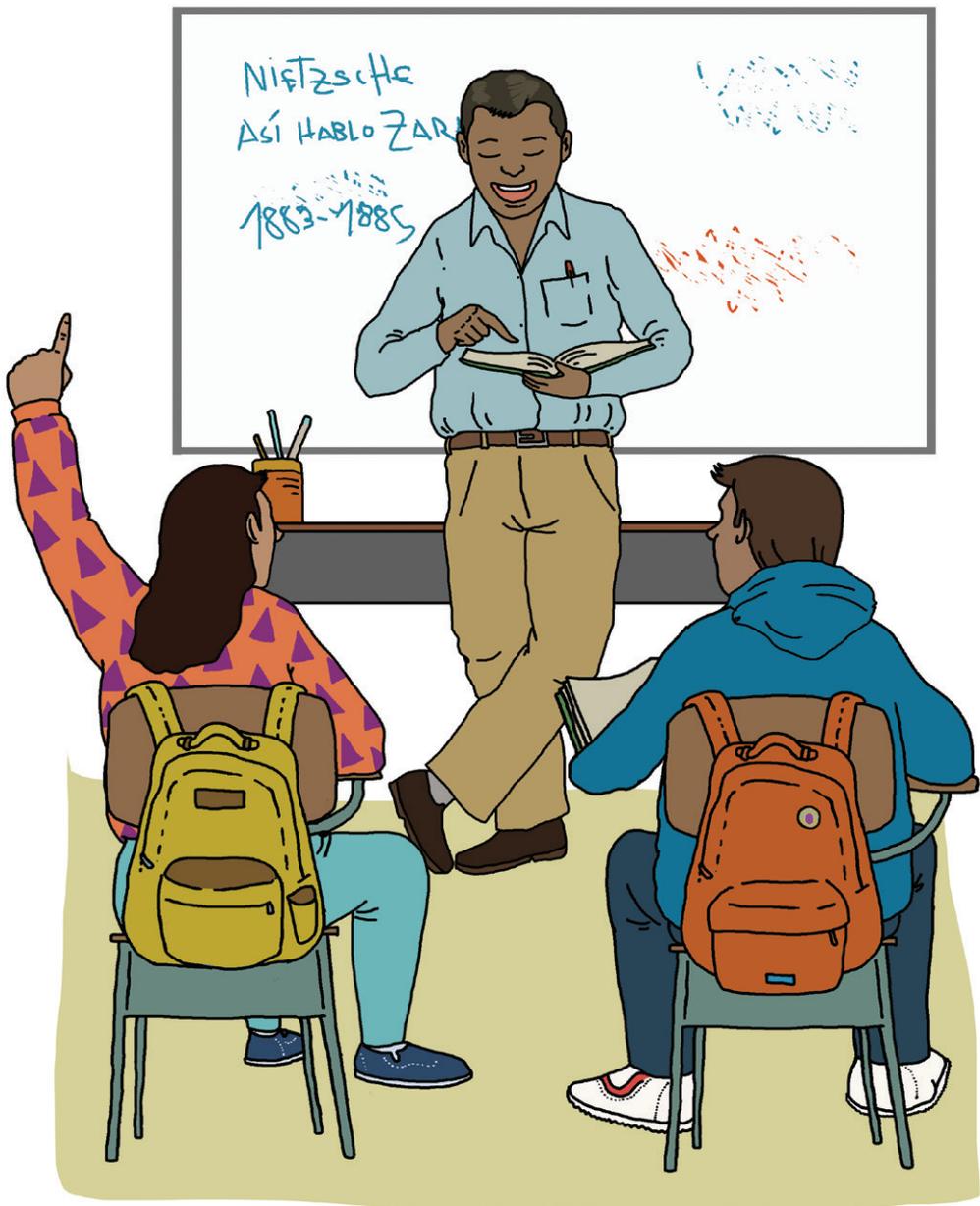
Quiero extender una calurosa felicitación a los cinco participantes más destacados de la categoría comunidad general: Luis Fernando Moreno Garay, de Cali, Valle del Cauca; Óscar Armando Cervantes Ávila, de Baranoa, Atlántico; Hernando Castellanos Silva, de Floridablanca, Santander; Natalia Roza Vanegas, de Neiva, Huila, y Gerardo Guacaneme Valbuena, de Bogotá, D. C. Gracias por su participación, gracias por tomarse el tiempo para escribir sus historias, para plasmar sus anhelos, para hacer de la palabra un instrumento

de vida y de paz. Desde el Ministerio de Cultura queremos expresarles a ustedes cinco y a los demás participantes nuestro orgullo por contar en Colombia con tantos escritores de todas las edades.

Ahora queda como memoria del concurso y como testimonio vivo de que Colombia es un territorio de historias este libro con los treinta textos más destacados, dieciocho cuentos y doce ensayos que permiten echar un vistazo a los temas, intereses, sueños y preocupaciones estéticas y vitales de los escritores del país. Treinta textos que son también el testimonio de un país que busca en la palabra caminos de esperanza.

De igual manera, les damos las gracias a todos nuestros aliados, en especial a la Biblioteca Nacional de Colombia y a Fundalectura, por todo el esfuerzo, el apoyo y la dedicación, junto con el equipo del Ministerio de Educación, el Cerlalc y la Cámara Colombiana del Libro, para el éxito de este proyecto.

Colombia es un territorio de historias, un país en el que estamos logrando que la escritura, la lectura y la oralidad formen parte de nuestra cotidianidad, de la expresión de lo que somos y de la construcción diaria de nuestra cultura. Seguiremos impulsando iniciativas como esta, para que todos esos relatos puedan ser escritos y leídos por los colombianos.



VEREDICTO

# ACTA DE LOS JURADOS

MARGARITA GARCÍA ROBAYO

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

IRENE VASCO

ÁNGELA POSADA-SWAFFORD

JAVIER ORTIZ CASSIANI

PABLO MONTOYA

LOS JURADOS FINALES DEL CONCURSO NACIONAL DE ESCRITURA «Colombia, territorio de historias» se reunieron de manera virtual el 11 de diciembre de 2020. Margarita García Robayo, Juan Gabriel Vásquez e Irene Vasco fueron los jurados de la modalidad de cuento; Ángela Posada-Swofford, Javier Ortiz Cassiani y Pablo Montoya, los jurados de la modalidad de ensayo. Después de realizar de forma independiente la evaluación de cien textos finalistas, sesenta cuentos y cuarenta ensayos, los jurados, tras una deliberación amena y dialogada, seleccionaron a los seis ganadores de las categorías infantil, juvenil y adulto, en la modalidad de cuento, y a los seis ganadores de las categorías juvenil y adulto, en la modalidad de ensayo. Los treinta ganadores de «Colombia, territorio de historias» se hacen merecedores de los premios que le corresponden

a cada lugar, establecidos en las bases del concurso, además de ser publicados en esta antología.

Margarita García Robayo, Juan Gabriel Vásquez e Irene Vasco, después de seleccionar a los dieciocho ganadores de cuento, se refirieron a cada una de las categorías y dejaron esto consignado:

### **CATEGORÍA INFANTIL, CUENTO**

En esta categoría se destaca la creatividad y originalidad en las historias presentadas, así como el tratamiento del lenguaje que corresponde a la intención narrativa de las historias. De igual manera, la concepción y desarrollo de los personajes de los relatos es admirable, teniendo en cuenta la edad de los autores participantes.

### **CATEGORÍA JUVENIL, CUENTO**

Acerca de estos cuentos ganadores hay que destacar la preocupación por parte de los autores por el tema de la violencia, evidente también en el tratamiento del lenguaje, los narradores y los personajes. A su vez, se reconoce que hay un equilibrio de una narrativa de lo urbano y lo rural, así como el dominio de recursos técnicos y estéticos propios del oficio literario.

### **CATEGORÍA ADULTO, CUENTO**

En estos cuentos se privilegió la capacidad de reflexión sobre la condición humana y, en especial, la calidad formal de los textos. Además, hay que subrayar el uso de la ficción como un ejercicio de empatía, para imaginar al otro, y el planteamiento del interior de los personajes en su mirada y valoración del mundo. La capacidad de contar una historia y la observación aguda sobre temas de fondo fuertes son claramente identificables en los cuentos. Asimismo, hay una técnica propia del oficio literario en los cuentos.

Por su parte, Ángela Posada-Swafford, Javier Ortiz Cassiani y Pablo Montoya, después de seleccionar a los doce ganadores de ensayo, se refirieron a cada una de las categorías y esto fue lo que señalaron:

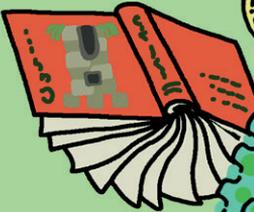
### **CATEGORÍA JUVENIL, ENSAYO**

Los ensayos ganadores sobresalieron por su buena escritura, caracterizada por un uso del lenguaje fluido, con textos bien estructurados que realizan una lectura crítica de Colombia o del mundo. Estos ensayos tratan temas necesarios, como la situación de la mujer en sintonía con discusiones actuales. Asimismo, ofrecen argumentos sólidos y la capacidad de incluir datos e información sin romper la estructura del texto ni la gracia de la escritura.

### **CATEGORÍA ADULTO, ENSAYO**

En esta categoría se destaca la lectura que se hace sobre situaciones actuales y el abordaje original de los temas, como los generados por el cambio climático y la pandemia. Estos valores se revelan en textos con una escritura limpia y muy bien articulada, de los que se resalta la buena calidad literaria de los textos, a partir de la elaboración de un lenguaje que se podría considerar propio de la tradición ensayística y el buen uso de la argumentación y fuentes.

En constancia, los jurados del Concurso Nacional de Escritura «Colombia, territorio de historias» suscriben la presente acta, en la fecha de realización de esta sesión de deliberación, el 11 de diciembre de 2020.





# CATEGORÍA INFANTIL

---

Cuentos





# EL OASIS DE BELISSAMA

ANTONIA RÚA BERNAL

Cali, Valle del Cauca

Primer lugar

ATLAUA PASEABA CON BELISSAMA, SU ANCIANO CABALLO, POR un extenso desierto. El sol comenzaba a quemar sus cuerpos y sus gargantas estaban tan secas que la poca saliva que les quedaba pasaba sobre arena. Cuando estaban a punto de perder toda fuerza, Belissama corrió desenfrenado hacia un punto en el horizonte y clavó su hocico en el suelo, como si estuviera bebiendo algo. Con mucho esfuerzo Atlaua lo alcanzó y se conmovió con dicha escena. «La sed le hizo perder la cordura a mi pobre caballo», pensó. Como un acto de misericordia, tomó su cuchillo y cortó la garganta de Belissama. Era tanta su sed que pensó en beber algo de la sangre que brotaba, pero al ver esos ojos que habían sido su compañía por tantos años, no fue capaz de ese último acto de deslealtad, y con mucha tristeza siguió su camino.

Cuenta la historia que el sitio donde cayó Belissama era un lago de cuatro colores, reservado como oasis para los puros de corazón.



CUENTO

# LAS DOS COLOMBIAS

MIGUEL ÁNGEL ROLDÁN FLÓREZ

Santa Rosa de Osos, Antioquia

Segundo lugar

BOLÍVAR AHORA ERA PRESIDENTE DE LA GRAN COLOMBIA. Fueron muchas las luchas y los trabajos para llegar a este momento de la historia nacional y él sabía que todas las personas tenían muchas ilusiones frente al futuro. El Libertador estaba feliz por todo lo que él y sus cooperadores podrían hacer por su patria.

Era una lluviosa tarde en Santafé de Bogotá. El presidente dedicaba horas a revisar documentos y atender los pedidos de las gentes. Pero hubo un momento en particular, cuando quedó solo en su despacho, que comenzó a escuchar sonidos extraños afuera. Eran sonidos completamente desconocidos. Al principio se contuvo de dirigirse al portón. Pero después, armado de valor, abrió la puerta y se sorprendió con lo que vio.

Ante él había una enorme avenida, con caserones altos que parecían tener muchos pisos, las personas iban y venían apresuradamente, envueltas en ropajes insólitos; los carruajes rodaban

sin necesidad de ser tirados por caballos y producían ruidos ensordecedores.

Bolívar caminó por esa calle, preguntándose con asombro qué era todo aquello que veía. Incluso las personas lo miraban a él con intriga y hasta curiosidad, por el vestuario que llevaba.

Bolívar se acercó a varias personas y trató de preguntarles por ese maravilloso lugar, pero todos los rechazaban con miedo y hasta con rabia. Solo una mujer, sencillamente vestida, le respondió a su interrogante. Y con pasmoso desconcierto se dio cuenta de que, por arte de magia, estaba precisamente en la Santafé de Bogotá del siglo XXI, en el año 2020.

Como pudo, tratando de no olvidar el sitio donde quedaba la pequeña puerta por la que había llegado, el Libertador se aproximó a un inmenso ventanal en el que estaban lo que a él le parecieron muchos espejos, colocados unos sobre otros. Lo particular de estos espejos era que no reflejaban imágenes, sino que a través de ellos se veían personas y situaciones completamente ajenas a lo que pasaba a su alrededor.

Apreció bien y empezó a entender. Los supuestos espejos no reflejaban imágenes, pero sí mostraban la triste realidad de ese lejano siglo. Robos, masacres, desplazamientos, pobreza y muchas otras desdichas eran el diario vivir de esas gentes.

Bolívar se puso muy triste porque él quería un país pacífico, próspero, un lugar amable para vivir, un lugar donde niños y adultos pudieran realizar sus sueños, una patria feliz y solidaria. Fueron muchos los pensamientos y angustias del Libertador. Y, lentamente, volvió sus pasos, atravesando la estrecha puerta, para aparecer de nuevo en su despacho.

¿Qué sería esta visión? ¿Acaso todos los esfuerzos y batallas para lograr un país libre y mejor serían en vano? Bolívar se sentó otra

vez, y cuando estaba en medio de un diálogo interior, oyó que llamaban a su puerta. Abrió y se encontró al general Santander, quien, viendo su rostro inseguro y pálido, le preguntó:

—Presidente, ¿por qué estás triste?

Bolívar le respondió:

—No me creerás lo que me acaba de suceder. Tal vez por cosas divinas o mágicas viajé al siglo XXI tan solo al atravesar esta misma puerta de mi despacho. Vi todo lo malo que está pasando en la Colombia del futuro.

Con desconfianza, Santander le manifestó a Bolívar que muy seguramente tal visión habría sido un sueño, un mal sueño producto de todos los sucesos de la campaña libertadora.

—Estoy muy seguro de lo que pasó —respondió Bolívar, quien cerró la puerta y volvió a abrirla con la esperanza de comprobarle al general Santander lo que le había acontecido. Y ocurrió lo inexplicable. Ante ellos estaba nuevamente la Colombia del siglo XXI.

Y Santander, con su valentía característica, le dijo al Libertador:

—Vamos a ver más de esta nueva Colombia.

Así, con cuidado y gentilmente, comenzaron a caminar por la calle, mientras la gente los miraba con novedad.

Bolívar llevó a Santander ante la misma vitrina y le mostró la triste realidad que presentaban las noticias. Había sufrimiento, angustia e indiferencia.

También se percataron de que allí cerca estaba un grupo de personas que se veían desamparadas, que no tenían alimento. Como era lógico, debido a su gran corazón, quisieron ayudarlas y fueron a conseguir algo de comer. Pero no les permitieron comprar, porque



ambos llevaban en sus bolsillos unos cuantos reales, y esa moneda no les era útil. ¿Qué hacer?

Pues, con lo que sus fuerzas y escasos conocimientos de esa época les permitieron, intercambiaron esos reales por unos cuantos pesos. Volvieron al lugar donde sabían que se podía adquirir comida y les llevaron a esas personas marginadas de la calle unos cuantos alimentos ya preparados.

Con gratitud y alegría, las personas que recibieron su solidaridad, los invitaron a compartir ese pequeño banquete. Era la primera vez que Bolívar y Santander comían una hamburguesa, la que por cierto les pareció deliciosa.

Hablando con los habitantes de las frías calles bogotanas, nuestros protagonistas conocieron la afligida realidad de este siglo. Niños abandonados, mujeres maltratadas, personas esclavizadas, familias hambrientas, comunidades alejadas de sus tierras, gente sin empleo, violencia, la naturaleza destruida, los animales lastimados, tragedias y maldad en cada ciudad y en cada pueblo. Esa era la Colombia del año 2020, con grandes diferencias y algunos parecidos a la Gran Colombia de 1820.

Bolívar y Santander volvieron a su época. Había un gran vacío en sus corazones y miles de preguntas en sus mentes. ¿Qué se podría hacer para cambiar ese terrible futuro? ¿Cómo actuar para enseñarles a todos que solo se logra la paz y el bienestar de todos si nos unimos solidariamente, nos respetamos y valoramos la vida?

Esa misma noche, compartiendo una sencilla cena, Bolívar y Santander hicieron un pacto de nunca volver a hablar de aquella misteriosa aventura. Y se propusieron, por lo menos, tratar de hacer una patria mejor para su época, buscando dejar una herencia de paz y optimismo para todos. Había que seguir esforzándose, con esperanza, con amor, con tolerancia, con solidaridad.







# AL PIE DEL RÍO

VIOLETA CAMPO GAITÁN

Bogotá, D. C.

Tercer lugar

HOLA, TÍA FLORABA, ¿CÓMO ME LE HA IDO?

Esta mañana hablé con mi mamá de los pececitos, de todo lo que nos estaban causando, me decía: «Tania, ¿cómo podemos parar esto? La casa ya no soporta más, menos yo. Se va a derrumbar y yo también».

Y yo no puedo hacer nada, solo quedarme callada y decirle que sí de vez en cuando, pero ella solo llora y habla sin que se le entienda por el lagrimeo. La preocupación la está matando.

Las orillitas del río están repletas de escamas, y a ella que le encantaba caminar al pie del agua en las mañanas ahora solo sale con la escoba para barrer lo que puede y luego sentarse a mirarme y a pensar en los pececitos, en mí y mis pececitos. Yo le digo: «Mamá, no pasa nada, ya pronto pararán de aparecer y seremos felices». Y ella me coge de la mano y me dice que ojalá, «Ojalá, Tania, algún día».

Voy a tratar de explicarle este lío tan berraco, aunque ni yo lo entiendo. Resulta que cada vez que hablo vienen pececitos, tocan las

ventanas, y cuanto más digo, más vienen, chocan con los vidrios sus aletitas anaranjadas y me miran y me escuchan. Al comienzo me fascinaba que me visitaran, yo les cantaba canciones de Spinetta y las ventanas se llenaban como el Movistar Arena en pleno concierto, pero poco a poco se fue volviendo un problema, mi mamá dejó de comer y de dormir por la angustia. Los dichosos espectáculos se volvieron un desorden, los pececitos se multiplicaban, yo dejé de cantar y mi mamá cayó en un delirio eterno.

Ahora le escribo a usted sobre nuestro problema, nuestro malestar interminable que me obliga a ser muda el resto de mi vida. No hay mucho que pueda hacer por mi madre o por mí, los pececitos ya no tienen remedio, no hay quién o qué merme esta desdicha. Pero si pudiera usted venir algún día de visita, nos encantaría recibirla.

Quedo atenta a su correo de respuesta.

Con cariño, Tania.



# LA CATEDRAL

ABRIL JULIETA BOLAÑOS BENÍTEZ

Ipiales, Nariño

Primera mención

ERA UNA HERMOSA CATEDRAL. DESDE QUE ERA TAN SOLO UN niño, aquel fatuo templo, de aires coloniales, estaba vedado para la mayoría de los parroquianos. Aquel templo arcano era exclusivo para las élites. Acudían periódicamente obispos y cardenales de la capital. Muchos rumores se habían creado en torno a ella, pero nunca habían sido ni confirmados ni tampoco desmentidos. Nadie que haya ido a la catedral en busca de un oficio ha salido de ella, se quedan para siempre en su oficio taciturno, nunca su vida vuelve a ser la misma. Son muchos los secretos que rodean al antiguo templo. Sin embargo, muchos creyentes van cumplidamente a los oficios religiosos, hacen sus donaciones sagradamente, dinero del cual se encarga una monja de aspecto tenebroso.

Después de mucho trabajo, por fin entré como asistente en el archivo de la catedral, gracias a la Orden de Santa Clara de la Concepción, a la cual me he unido hace ya varios años. Y hoy fue el día esperado. En la casa parroquial nos reunimos con un sacerdote de un humor agrio. Nos han hecho firmar documentos, han sellado papeles, hemos puesto huellas y jurado hasta el hastío. Todo, por supuesto,

es un poco extraño. Aunque puede ser comprensible, puesto que la catedral es muy antigua. Deben guardar documentos y cosas de un gran valor histórico. El propósito que me ha traído es el de hacer algo útil por este pueblo, y claro, también aquella curiosidad que me ha acompañado tanto tiempo. Porque sobre este templo se cierne una nube ciertamente oscura.

Hoy, mientras metía unos libros en un coche medio destartado para llevarlos a un lugar de nombre difícil, me he topado con una llave que se cayó de uno de los libros. Después de hacer la tarea que me asignaron, comencé a buscar qué era lo que abría aquella llave. No pude lograrlo. Sin embargo, casi sobre la noche, me di cuenta de que en la llave había grabada una especie de símbolo, era como una 'A' patas arriba. Supe que en algún lado había visto antes aquel símbolo. Estaba grabada en una puerta bastante oculta como para parecer sospechosa. Me las ingenié y pude escabullirme hasta la puerta antes de la medianoche. La llave funcionó. Dentro había decenas de estantes con muchos papeles y libros de registro, al parecer muy viejos y apilados en descuidados montones. En un escritorio del fondo encontré un libro con pasta de cuero de aspecto antiguo y con el mismo símbolo que tenía la llave. Las primeras páginas contenían banalidades; las reglas del claustro, directrices sobre educación impartida, al parecer, a un tipo de reclusos. Pero luego descubrí unos registros con anotaciones sobre ejecuciones de personas acusadas de brujería, la mayoría eran nombres de mujeres, cosas que habían sucedido hacía más de dos siglos, contenían las confesiones de los acusados, se describía la forma de obtención de la confesión, los medios utilizados; el terrible sufrimiento de los acusados se presentaba en los mismos trazos de las letras.

Había, además, registros de pagos en moneda común, pagos hechos a una especie de emisario del Vaticano. Estos pagos se hacían de manera regular. Y en cada registro del pago hecho al emisario

aparecía el símbolo aquel que era como una 'A' invertida. También incluía acotaciones que develaban pagos a terceros, métodos de intimidación, amenazas y más nombres de mujeres, en el libro decía: «Concubinas del arzobispo Rasmusen, las amantes del cardenal Conti». Otros registros trataban de dineros pagados al refugio de huérfanos Santa Clara, sin una razón aparente.

En mis tiempos de niñez, se oía de gente de los campos vecinos que había desaparecido, muchos hablaban de misioneros salidos de la catedral que intentaban convertir a los infieles y se los llevaban, luego nada se volvía a saber de ellos. Un oscuro escalofrió me recorrió el cuerpo cuando reconocí en aquel libro siniestro los relatos sobre aquellas prácticas: los párrafos que seguían mencionaban la dificultad de seguir con el proceso de mantener oculta a la «Criatura». Con la llegada de los aparatos de video, las cámaras que cualquiera puede tener, las noticias que vuelan por aquel nuevo invento de la informática, todo se había vuelto cada vez más difícil de ocultar. «La Criatura sufre de hambre constante», se leía en aquel libro, «es difícil satisfacerla con los famélicos niños de la calle, antes un adulto normal la mantenía sin hambre por semanas e incluso meses, ¿qué vamos a hacer? El emisario no trae respuestas, estamos quedándonos solos. La Criatura debe permanecer a salvo. Es imposible trasladarla, por siglos su cuerpo ha estado creciendo hasta ser tan grande como una habitación imperial; además, su cuerpo está incrustado en las rocas primigenias del templo».

—¡Por Dios, qué es todo esto! —exclamé sin poder contener el horror.

Tras de mí escuché la voz cavernosa del sacerdote mayor:

—¿Quién te ha dicho que podías entrar? —dijo.

Y detrás de él dos sombras se deslizaron ágilmente dentro del recinto, desenfundando brillantes puñales. Intenté escapar, pero fue



en vano. El sacerdote les dio órdenes en latín. Las dos sombras eran hábiles y fuertes, acostumbrados a infligir sufrimiento. Sentí un golpe en la nuca, luego las agudas punzadas de los puñales, sentí mi sangre escapar. Oí maldiciones y luego risas, risas alejándose como en un hondo pozo.



CUENTO

# VACACIONES EN LA PLAYA

JERICÓ HORATIO PORRAS CANCHICA

San José de Cúcuta, Norte de Santander

Segunda mención

UN DÍA SOLEADO, UNA FAMILIA SE FUE DE VACACIONES. PASARON muchas horas por largas carreteras con hermosos paisajes de campos abiertos y flores multicolores que resplandecían en el cielo... Pero no llegaban a su destino.

El niño preguntó:

—Mamá, ¿ya vamos a llegar?

Y ella le respondió:

—No, hijo, aún falta mucho.

A pesar de eso, el niño estaba feliz porque amaba ir de vacaciones y compartir en familia. Luego de mucho tiempo llegaron; a lo lejos se veía la luna mirándose en su espejo: el hermoso mar.

Al día siguiente salieron a la playa. Jaime iba emocionado con su tabla de surf y su flotador. Ya en la playa, la arena caliente, el inmenso mar y los dorados rayos del sol hicieron que Jaime se sintiera libre.

Mientras surfeaban en familia, Jaime, con su flotador, dio una voltereta impresionante sobre las olas del mar; eran los momentos más divertidos y al mismo tiempo los de mayor temor que había vivido en mucho tiempo.

El segundo día la playa estaba cerrada. Había un grupo de tiburones tigres cerca a la orilla. Jaime no lo podía creer, su sueño de ver a esos hermosos tiburones se había hecho realidad, ¡eran sus favoritos!, y mientras él miraba encantado, las personas gritaban aterrorizadas.

Momentos después, llegó un grupo de cazadores que no tuvieron buena suerte y se cayeron de la lancha; de pronto, un tiburón los empujó ayudándolos a subir de nuevo. Los cazadores, sorprendidos por la actuación de los animales, decidieron no cazarlos y transportarlos a un acuario donde pudieran estar seguros y donde los cuidarían muy bien.

¡Era un día increíble! ¿Qué más podría suceder?

De repente, a lo lejos vieron a un megalodón... Todos se asustaron.

La familia, con mucha valentía, corrió a ver el tiburón porque sabían que a Jaime le gustaban; de repente, el megalodón se golpeó con una roca y quedó paralizado. Era un robot que utilizaban para que los turistas se divirtieran. Por un momento, el niño se sintió sorprendido y feliz porque había visto a sus animales favoritos.

Al finalizar el día comenzaron los vientos y se formaron olas muy grandes; del cielo caían meteoritos como brillantes estrellas doradas. Todas las personas se refugiaron en sus carpas. Thomas, Andrea y Jaime se resguardaron en una gran palmera, pero para el niño esto no fue suficiente.

Las rocas espaciales pasaban cerca de su cuerpo, pero ninguna lo tocaba. De repente cayó un meteorito muy grande; Jaime no tenía escapatoria, pero se le ocurrió una gran idea. Vio las altas olas y corrió hacia ellas más rápido de lo que lo había hecho en toda su vida. Se lanzó al mar y nadó con todas sus fuerzas, encontrándose con una ola gigante que devoró el meteorito como un sabroso bocadillo y salvó al niño.

Después de eso, la familia no encontraba a Jaime. Buscaron en la playa y lo encontraron en la orilla; se dieron cuenta de que no podía respirar, entonces le dieron primeros auxilios y despertó. La familia estaba feliz porque todos estaban a salvo. Regresaron al hotel y estuvieron de acuerdo en que su segundo día había estado lleno de muchas sorpresas fantásticas e inesperadas.

Llevaban tres días en la playa, disfrutando del mar, del sol y la arena; era su último día de vacaciones. El niño se había alejado de la playa, cuando apareció un velocirraptor y se preguntó: «¿No se habían extinguido ya?».

Jaime no se asustó, estaba feliz y sorprendido porque había escuchado hablar mucho de ellos en sus clases de Biología, pero nunca había visto uno en la vida real; otro de sus sueños se había cumplido.

El velocirraptor era un dinosaurio que corría a altas velocidades, por esto Jaime no dudó ni un segundo y se montó sobre él; era lo mejor que le había pasado en su vida, se sentía genial, se sentía libre, el fuerte viento golpeaba su cara y casi no podía ver.

El dinosaurio llevó al niño a la cueva donde se refugiaban para no ser vistos, ya que asustaban a las personas, que creían que les iban a hacer daño. El niño disfrutó su momento con los dinosaurios y les prometió guardar el secreto y no contar que su especie todavía existía.



Por la noche regresó al hotel con su familia. Mientras dormía, escuchó un sonido muy fuerte en su cama y de repente se despertó... Vio un reloj que marcaba las cinco de la mañana. Jaime no sabía lo que sucedía, se sentía confundido; estaba en su habitación, la que sus padres decoraron para él. Era la hora de levantarse para ir al colegio, o mejor, ir al estudio, porque había vuelto a la vida real. Había pasado muchos meses sin salir de su casa, pero él se sentía muy feliz porque en sueños se había divertido y era hora de ver a su profesora y compañeros.



CUENTO

# UN CUADRO PARA LA SEÑORA ALICIA

LUCIANA MARTÍNEZ VÉLEZ

Medellín, Antioquia

Tercera mención

EN LA PASADA NAVIDAD EL NIÑO DIOS ME TRAJÓ ALGO QUE ME gustó mucho: un caballete con lindos pinceles y pinturas, mis padres me compraron lienzos para pintar, y no he parado de dibujar, al comienzo hice cuadros para mi papá, para mi mamá, especialmente dibujaba a mis gatos Tom y Nala, luego intenté con paisajes algo raros, o abstractos, como dice mi papá. Una vez la señora Alicia me dijo que tenía talento para pintar y que intentara hacer cuadros totalmente abstractos, o sea, diferentes, que para mí significaran algo, me dijo que me dejara llevar por todos los colores que tenía. Así que lo hice, especialmente le gustaron a mi tío, quien me los compró, no es que yo quisiera venderlos, pero mi tío me dio veinte mil por un cuadro y con eso compré cositas en la tienda.

A la señora Alicia le gusta verme pintar, y una vez me pidió que pintara algo pensando en ella, me dijo que no podría conservarlo, pero que ella sabría que era de ella. Tardé mucho tiempo en hacerlo, me esforcé mucho, no quería decepcionarla. Todos observaron mi obra de arte, mis padres la querían, mi tío y mi abuela también. Yo estaba feliz porque a todos en la casa les gustó, quería que la señora Alicia lo observara y saber qué opinaba, pero pasaron muchos días, que se volvieron semanas, sin que la señora Alicia viniera a mi casa. Mi abuela me notó un poco pensativa mientras observaba ese cuadro en especial, y me preguntó qué me pasaba. Yo le dije que me había esforzado mucho pintando ese cuadro y que la señora Alicia no había venido a verlo, que era especialmente para ella. Mi abuela se asombró un poco y me preguntó:

—¿Cuál señora Alicia?

—La que venía aquí a la casa cada rato —le contesté.

—Y ¿cómo es ella? —volvió y preguntó mi abuela.

—Es morenita y se pone siempre una pañoleta en la cabeza.

Cuando le di esa descripción, a mi abuela se le cayó el cigarrillo que se estaba fumando, y me dijo que la señora Alicia vivía en el primer piso y había fallecido. La verdad me puse muy triste por ella, me gustaba que ella me visitara y me diera consejos prácticos para mi vida. Así que de inmediato quise que fuéramos al funeral y le pregunté a mi abuela que si me podía llevar. Me dijo que la señora Alicia había fallecido mucho antes de que yo naciera.

A veces pienso por qué no volvería a visitarme si me caía bien, pero bueno, es su decisión. Al menos hay algo bueno y es que ya sé que uno no se muere, como mis papás piensan. Y lo malo es que ya nadie quiere el cuadro.



# LOS AUTORES

## Antonia Rúa Bernal

Nació el 24 de octubre de 2007. Estudia en el Colegio Nuestra Señora de la Consolación, de la ciudad de Cali. Fueron sus padres quienes le inculcaron el amor por los libros y la lectura. De lo que suele leer, lo que más ama son los cuentos y la literatura infantil.

## Miguel Ángel Roldán Flórez

Nació el 25 de mayo de 2012. Estudia en el Colegio de Nuestra Señora de las Misericordias, de Santa Rosa de Osos, Antioquia. Le gusta leer casi sobre cualquier tema, en especial sobre historia y personajes de la vida real. Escribe desde muy pequeño, y este no es el primer concurso de literatura que gana.

## Violeta Campo Gaitán

Nació el 20 de diciembre de 2006. Estudia en el Liceo Juan Ramón Jiménez, de Bogotá. A los diez años descubrió que le gustaba escribir cuentos cortos. «Al pie del río» está basado en su experiencia de confinamiento durante la pandemia, en un pueblo, en compañía de sus abuelos.

### **Abril Julieta Bolaños Benítez**

Nació el 23 de agosto de 2007. Estudia en la Institución Educativa Nuestra Señora de las Lajas, de Ipiales, Nariño. Desde que tiene memoria ha visto a sus padres leer y ver cine, en especial películas de terror, quizá por esto algunos de sus autores favoritos son Edgar Allan Poe y Stephen King.

### **Jericó Horatio Porras Canchica**

Nació el 17 de febrero de 2012. Estudia en el Colegio Santo Ángel de la Guarda, de Cúcuta, Norte de Santander. Ama ir a la librería de la ciudad con sus padres, y su cuento nació porque parte del plan que tenían como familia era ir a la playa, pero este es ahora un sueño en espera de ser cumplido.

### **Luciana Martínez Vélez**

Nació el 27 de marzo de 2012. Estudia en la Escuela Seguros Bolívar, de la ciudad de Medellín. Desde muy pequeña sus padres le han leído libros, y ella también les lee a ellos. Sus padres le hicieron una biblioteca para que pudiera guardar sus libros. A veces escribe sobre lo que pasa a su alrededor.



# CATEGORÍA JUVENIL

---

Cuentos - Ensayos





CUENTO

# JAIRO NO SIRVIÓ COMO ABONO PARA YUCAS

MARCELINO HUDGSON STEELE

San Andrés, Archipiélago de San Andrés,

Providencia y Santa Catalina

Primer lugar

AQUEL ATAJO ERA PELIGROSO, PERO LO MÁS IMPORTANTE ERA llegar a tiempo. Brayan no quería perder a su hermana y Jairo no quería enviudar. Llevaban los implementos para la cesárea de María, luego de haber trotado para buscarlos al pueblo vecino. Estaban exhaustos, pero ya casi podían oler los árboles en la cima de la última loma que tenían que subir.

—Deberían ponerle mi nombre al pelao —dijo Brayan respirando entrecortado y tratando de animar a su amigo—, tal vez se le pegue algo de lo mío.



—Eso depende de si tu hermana quiere un hijo bobo —contestó Jairo tratando de sonar alegre.

—Si ese pelao sale amable —dijo Brayan—, ya sabemos que no es tuyo.

Sonrieron. Hablaban para no pensar en lo que podía salir mal y eso solo les servía para quedarse sin aire. Jairo se detuvo.

—Creo, creo que estoy pisando una mina.

Brayan dejó de andar y miró la cara de su cuñado.

—¿Bromeas?

Jairo negó con suavidad. Señaló la cuerda que había quedado entre la lengüeta del zapato y la canilla. La cuerda estaba atada a dos arbustos y luego iba al suelo.

—Aunque podría ser solo una pita atascada —dijo Jairo queriendo creerlo—, se supone que hace años quitaron todas las minas de por acá.

—Se supone —recalcó Brayan.

—Ojalá la mina la haya puesto el Gobierno —dijo Jairo—, para que sea como el jodido hospital y tampoco funcione.

Ninguno sonrió. Quedaron en silencio por un rato. Jairo tenía la boca reseca. Solo pensaba en que cuanto más tardara en empezar la cesárea más probable era que muriera alguien en ella.

—Llévale el botiquín a María.

—No te puedo dejar solo —respondió Brayan.

—No la podemos dejar sola a ella —dijo Jairo—. Ve a casa que a mí no me sirves de nada.

—Si veo a alguien que te pueda ayudar, le diré que venga.



Brayan quiso agregar que lo quería mucho, pero sabía que se le quebraría la voz. Echó a correr. Jairo también lo quería, nunca lo decía.

—¡Ve con cuidado, idiota! —gritó Jairo—. ¡Si tú pisas una, te mato!

Jairo seguía agitado y el calor no ayudaba. Se secó la frente con el antebrazo fornido de tanto sacar yuca. No le gustaba la yuca y desde niño había tenido que arrancarla. Su papá nunca estuvo y alguien tenía que ayudar a su mamá con tanto trabajo. Jairo juró que su esposa no pasaría por lo mismo, que su hijo tendría un papá. Consideró perder una pierna para acompañar a María en el parto. Descartó la idea. La mina podía tener metralla, y muerto solo serviría de abono para las yucas. Jairo creyó escuchar un estallido. Miró enseguida hacia abajo, sospechando que la mina había explotado. Sonrió y se dijo que tenía que calmarse. Se le agrandó la sonrisa al oír un ruido de voces y pasos, y pensar que la ayuda ya estaba llegando.

Les gritó a las voces y sacudió una mano para llamarlas. Siguió gritando, y decenas de hombres armados salieron de entre los árboles hacia él. Solo entonces se preguntó si no habrían sido ellos los que habían puesto la mina. Consideró huir. Pensó que, tal vez, si se movía lo suficientemente rápido, lograría quitar la pierna y apartarse antes de que la explosión lo alcanzara. Se golpeó la frente y se dijo que dejara de pensar estupideces. Decidió salvarse hablando. Pediría amablemente ayuda, aunque no le gustara pedir favores ni supiera ser amable.

—¿Qué está haciendo allí parado? —le gritó el sargento cuando se hubo acercado.

—Se me enredó el pie en una mina. —Jairo alzó las manos.

El sargento retrocedió y le indicó a los otros que hicieran lo mismo.

—Entonces, jefe —dijo el subsargento y señaló a Jairo con los labios—, ¿ya tenemos la baja confirmada que nos faltaba?

—Y les seguirá faltando, porque yo no soy guerrillero —se apresuró a decir Jairo.

—¿Cómo sabemos que no fuiste tú el que estaba instalando la mina?  
—preguntó el subsargento sin creer lo que él mismo insinuaba.

—¿La instalé con el culo tuyo o qué? ¿Ves alguna mierda para instalar minas?

El subsargento miró con furia al par de soldados que no lograron suprimir la risa. El sargento, por otra parte, no reparaba en ello. Todo se había vuelto confuso desde que habían ofrecido vacaciones y aumentos a cambio de bajas en combate. Deseaba que sus hombres estuvieran bien, sabía que ellos necesitaban volver a casa luego de meses de ver morir a amigos y de no comer más que micos y serpientes, pero no se sentía del todo cómodo con eso de disfrazar civiles. Jairo vio el rostro reflexivo del sargento y creyó tener una oportunidad.

—Hombre, solo quiero ir a casa —hablaba con tanta amabilidad como podía—, hoy nace mi hijo.

El cielo se arrebolaba y coloreaba los verdes del campo. Hubo un silencio largo.

—Mis hombres también tienen hijos.

—Cabo, vaya sacando las botas y el camuflaje —dijo el subsargento—, yo le disparo.

—¿Y si le disparamos y no explota la mina? —El sargento miraba el cielo naranja—. Nos podría explotar cuando estemos quitando el cuerpo.

Jairo exhaló con fuerza. «Bueno, que se jodan», pensó. Decidió quedarse de pie, esperando el tiro o a que alguno de los malditos se acercara. Solo entonces haría estallar la mina.



Jairo cerró los ojos. María tendría que mantener y criar ella sola al niño. Justo lo que le había jurado que no pasaría. Sentía afluir las lágrimas, pero no les daría el gusto a esos malditos de verlo llorar. «Al menos», se dijo, «Brayan estará allí para ayudarla». Jairo se estremeció. Si Brayan regresaba con la ayuda, no serían más que bajas adicionales. Jairo no podía seguir demorando a los militares. Así que, sin pensarlo, pateó la cuerda para darles a los malnacidos el cadáver que buscaban.

Cuando la tierra dejó de caer, le pusieron la ropa de combatiente a lo que quedaba de Jairo, y pusieron su cadáver cerca del cuerpo uniformado de Brayan.



# PESAJE DEL CORAZÓN

NATALIA ROZO VANEGAS

Neiva, Huila

Segundo lugar

EL CAMIÓN SE DETIENE A LA ENTRADA DEL PUEBLO. EL conductor mira por el espejo retrovisor y les pide a los demás pasajeros que te ayuden con el cajón. Todos evitan mirarte. Él insiste alzando la voz y dos hombres se levantan. Te bajas y ves cómo el par de hombres dejan el cajón en el suelo polvoriento al lado del camino.

El sonido ronco y metálico del camión se va haciendo lejano y, poco a poco, el olor a combustible desaparece. Estás sola. Usas una de tus manos como visera y, en el horizonte distorsionado por el calor, reconoces una mancha negra.

Te agachas. Tus manos acarician la madera áspera y el brusco acabado de los bordes, mientras escuchas el ruido de cascos acercarse. Cuando se detiene, levantas el rostro, ves el caballo, la carreta amplia y larga repleta de escombros, y al hombre tras las riendas que mira tu carga, frunce el ceño y sigue su camino. Tenías la esperanza

de que te ayudara. Tus ojos se humedecen. Te secas las mejillas, agarras una de las improvisadas manijas de cuerda de la caja y has con fuerza mientras intentas avanzar. Escuchas el sonido de la madera sobre el camino como el de un rastrillo sobre el cemento.

Después de varios metros, te detienes. Estás cansada. Vuelves la mirada y ves al hombre de la carreta que regresa. Para y pregunta si es él. Asientes, y él frunce de nuevo el ceño. Observas con sorpresa que baja de la carreta y llega hasta tu cajón, lo toma de las manijas de un lado y te ordena agarrar las del otro.

Ves el cajón puesto en el planchón de madera. El hombre dice que te sientes a su lado. Mueve las riendas y el caballo empieza a caminar. Con la mirada fija en el camino, te dice que no cargará con él más allá del cementerio. Entonces le dices que no se preocupe, que para el cementerio es para donde vas.

En el camino, escuchas el sonido seco del cajón que se golpea con el planchón cada vez que la carreta brinca. Miras de reojo, el hombre sonrío; te fijas en la cicatriz que comienza en su cara y llega hasta su clavícula. No lo culpas por alegrarse.

Ves la pequeña colina con lápidas. El sol te encandila, bajas la mirada y notas que los cascos del caballo resbalan en las piedras negras de la entrada empinada del cementerio; tienes miedo, piensas que el cajón resbalará; lo agarras con una de tus manos mientras que con la otra te sostienes. Miras a tu alrededor. Sientes que algunas de las lápidas se vienen sobre ti.

El hombre detiene el caballo. Bajan de la carreta. A los minutos, el sepulturero aparece, llega hasta ti y te pregunta qué quieres. Le contestas que vienes a enterrar a tu hijo, y mientras te dice que no piensa enterrar a nadie, caminas hacia la parte trasera de la carreta e intentas bajar el cajón; percibes el olor de tu hijo y piensas que la muerte le ha llegado muy pronto. Se te revuelve el estómago.





Contienes la respiración y halas el cajón. La manija lastima tus manos pero sigues halando. Una de las puntas del cajón cae de la carreta. Miras con preocupación las escasas puntillas en la madera. Tomas una bocanada de aire y te esfuerzas para que la parte que aún sostienes llegue intacta al suelo.

Bajas por fin el cajón. Respiras profundo. Miras al sepulturero y le preguntas si quiere que entierren a tu hijo ahí, en la entrada del cementerio. No te responde. Le haces de nuevo la pregunta. Lo ves observar el terreno y, con desprecio, señalarte un lugar.

Llevas con dificultad el cajón hasta el sitio indicado. Descansas un momento. Caminas hacia el sepulturero, extiendes tu brazo hacia él, le pides la pala que acaba de esconder detrás de él y te la entrega de mala gana. Sientes el peso del metal en tus brazos. Miras al hombre de la carreta. Observas de nuevo la cicatriz. Bajas la mirada y regresas al lugar a cavar.

Sientes los brazos tensos y débiles. La pala no entra en la tierra seca del terreno. El sepulturero te la quita, la tira a un lado y empieza a lacerar la tierra con una barra. Te alejas un poco y oyes al sepulturero susurrar: «Por fin lo mataron». Le das la espalda. Evitas leer las lápidas.

Cuando te das cuenta del silencio, te volteas. Tu hijo, para tu sorpresa, ya está en la fosa. Tu respiración se entrecorta. El sepulturero te mira por un instante, se limpia el sudor del rostro y, de mala gana, se dedica a devolver la tierra a su lugar. Te estremeces.

Miras al hombre de la carreta que, al otro extremo de la sepultura, escupe sobre el montículo como declarando culpable a tu hijo. Lloras y te preguntas si tu hijo también tiene derecho a ir al cielo.

# EL AJEDRECISTA

YEHOSUA BEJARANO CÁCERES

Tenjo, Cundinamarca

Tercer lugar

ESA TARDE DE LLUVIA, ANTES DE QUE EL AJEDRECISTA VOLVIERA a pronunciar su característico *shâh mâta*, en vez del tradicional *ja-que mate*, algo extraño ocurrió en el café Le Petit Macaron donde se encontraban regularmente poetas, intelectuales, jugadores y demás. Se hallaba, como era habitual, aquel anciano que cargaba consigo un millón de historias; frente a él, un joven aprendiz de ajedrez prestaba atención a los movimientos del viejo que a falta de engaño se le había dado por ser un astuto y ávido ajedrecista.

El Petit, aunque intentaba escapar de su fama de mala muerte, jamás pudo perder su esencia, a fin de cuentas, era un lugar donde convergían todo tipo de personajes, un descanso de la sociedad en el cual aparte de los camareros y otros empleados propios del negocio los comensales eran un microcosmos de la ciudad. El aprendiz gustaba siempre de tomar un café y observarlo, se encontraban —aparte del viejo ajedrecista— un grupo de tahúres que a falta de dinero jugaban solo por el arte de engañar, amparados en la suerte; un grupo de poetas que seguían buscando sus musas en el humo

del cigarro; un grupo de intelectuales que argumentaban constantemente que si Keynes o Marx salvarían al país de la crisis financiera, y un grupo de mujeres que al igual que sus confusas mentes se dedicaban a todo tipo de quehaceres, había escritoras y lectoras, jugadoras y ladronas. Aquel pequeño grupo de mujeres podría decirse que era un microcafé dentro del café. Además de estos grupos, en el salón estaban aquellos novatos que no sabían qué hacer, que habían llegado al Petit tal vez por el azar, para probar fortuna ante los afamados tahúres o simplemente para escapar de la apresurada vida citadina.

El aprendiz había sido también uno de aquellos indecisos cuando encontró al viejo, fumando tranquilamente y envuelto en sus pensamientos; al ver el tablero de ajedrez armado, su curiosidad lo impulsó y avanzó un peón blanco, el viejo, de inmediato, respondió con un caballo negro. Entonces se embarcaron en un juego de ajedrez corto y punzante que dio como resultado la victoria al experimentado ajedrecista, el joven quedó maravillado ante la astucia del viejo demostrada en la partida y armó el tablero para iniciar una nueva. A partir de esa tarde era común ver al aprendiz y al ajedrecista en el Petit.

Estaban jugando aquella tarde de lluvia el ajedrecista y su aprendiz, como de costumbre, el novato tenía la partida perdida, y aunque había mejorado su nivel, aún no había podido ganarle a su maestro. Antes de que el ajedrecista volviera a pronunciar su característico *shâh mâta* en vez del tradicional jaque mate, algo extraño ocurrió, las puertas del establecimiento se abrieron e ingresó un extraño sujeto con una capa, botas y sombrero negro.

Tal personificación llamó la atención de todos los presentes en el café, detuvieron lo que estaban haciendo y observaron cómo, lentamente, la figura se acercaba al ajedrecista. Cuando llegó frente al tablero lo observó y le dijo:



—Juegue conmigo. —Sacó un tablero de ajedrez hecho de pino de debajo de su capa y una caja de fichas hechas de abeto que destacaban por su belleza.

El anciano le contestó:

—¿Está seguro? Recuerde las consecuencias de este duelo.

El desconocido le contestó al desenfundar una pistola:

—Que el jaque mate al igual que la bala decida quién sigue en pie.

Las discusiones del Petit cesaron, los debates de economía pararon, el humo del cigarro se apagó, las mujeres observaron y los tahúres abandonaron el juego, todos tenían la mirada en el viejo y en el desconocido. Armaron el lujoso tablero de ajedrez y el ajedrecista le preguntó a su rival:

—¿Diez minutos es suficiente?

Él le contestó:

—Usted mismo lo estableció, cinco minutos. —Y puso un reloj junto a la pistola sobre la mesa.

El ajedrecista tomó las blancas y el retador las negras, abrieron entonces las blancas con un peón al centro del tablero, las negras respondieron con un caballo, las blancas tomaron una posición defensiva y tras unas cuantas jugadas enrocaron al rey; las negras, en cambio, atacaron sin cesar, mientras el ajedrecista pensaba, el retador comenzó a reír y cargó la pistola. Pero entonces el ajedrecista, con tranquilidad, atacó mientras el reloj corría, los espectadores apenas respiraban, su ataque no era errático como el del retador, era algo elegante, algo que mostraba su sapiencia, una secuencia con precisión de relojería, una que, al final, atrapó al rey negro contra el filo del tablero, entonces, con suma calma, el ajedrecista dijo su característico *shâh mâta* con un mate árabe al retador.

El retador estalló en cólera, había perdido la partida en los últimos tres movimientos, cuando se dispuso a dispararse en la cien, el viejo lo detuvo y le indicó que se fuera del Petit, quitándole su arma y entregándole su ajedrez. Apenas el desconocido salió, el café de mala muerte retornó lentamente a su normalidad. El aprendiz, curioso del porqué nadie cuestionó al ajedrecista por la visita, le preguntó al viejo quién había sido el retador y por qué lo conocía. El ajedrecista encendió un cigarro y, mientras el humo le daba un tono misterioso a la vez que el sonido del tocadiscos inundaba el lugar, pronunció:

—Hijo, yo no fui el primer ajedrecista que se sentó en este café, antes de mí existió otro, alguien tan confiado en sus propias estrategias que apostaba la vida, quien le ganara lo mataría y se quedaría con la corona del rey, yo lo maté. Desde entonces se corrió el rumor y varios me han desafiado, como aquel pobre diablo que acaba de salir por la puerta, y aunque todos en el maldito Petit esperan el día en que pierda, yo sé muy bien quién me va a matar, no me matará hoy, y probablemente falten meses, incluso años, para que me mate.

—¿Quién será? —preguntó el aprendiz.

—El único que antes de desafiarme se ha dedicado a aprender —contestó el ajedrecista.



CUENTO



# ONCE MADRUGADAS

SARA TRIANA GALVIS

Bogotá, D. C.

Primera mención

—ESCUCHAD, TODOS LOS SERES MÁGICOS, BUSCAMOS LOS MÁS maravillosos entre vosotros, buscamos valentía, fuerza, el servicio que cada uno pueda brindar a su pueblo. Aquel que sea capaz de pasar la dura prueba podrá hacer parte de este pequeño grupo conformado por tan solo diez de ustedes; los esperamos cuando el reloj marque las ocho —terminó de pronunciar el prodigioso rey a todo su pueblo.

Al otro día, en el palacio, no cabía ni un ser más en el gran salón, era una tarea bastante complicada organizarlos, pero conforme pasaron las horas, el salón empezó a vaciarse, la mayoría no aprobaba asuntos legales. Una vez acabó la selección, se sentó el gran rey anunciando:

—Vosotros sois los elegidos para llevar esta gran misión, pero antes de empezar a trabajar, quiero que conozcan ciertas reglas que tienen que cumplir y tomar con completa seriedad, el que no esté

dispuesto a hacerlo puede salir de esta sala. Las reglas son las siguientes: primero, todo lo que suceda dentro de este clan es de carácter confidencial; segundo, está totalmente prohibido revelar sus nombres, cada uno se va a identificar con un animal, y, por último, deben cumplir todas las misiones que se les asignen.

Justo después, el rey de la sala fue el silencio... todos estaban un poco impresionados por las estrictas reglas, pero de una u otra forma no había vuelta atrás. El rey dijo:

—Aquel valiente y obediente que esté dispuesto a seguir las reglas, está oficialmente dentro; en vez de firmar, van a escribir el animal que los representará.

Sin cruzar ninguna palabra, diez firmas fueron estampadas en el papel. Una vez todos lo hicieron, el rey les solicitó estar listos para empezar al día siguiente. Los planes estaban saliendo como él lo esperaba...

Con el primer rayo de luz los elegidos se presentaron puntuales, emocionados y expectantes por las misiones que tendrían que asumir, aunque sospechaban que sería difícil. El rey llegó un poco tarde, pero los recibió con su particular sonrisa y uno de sus grandes discursos:

—Bienvenidos, héroes de estas maravillosas tierras, hoy les contaré el misterio que nos convoca. Se han escuchado rumores de que alguien quiere atacar este pueblo y que tiene la pretensión de matar a cada ser que habita en él. Por ello, les asignaré una pareja y unos territorios que deberán proteger.

Más allá de la angustia y la incertidumbre, cada dúo se dirigió a su lugar. Todos, de una u otra forma, estaban conectados, porque todo lo que fuera a suceder en cada uno de los territorios, en los demás pueblos se sabría.

Primera madrugada: no pasó nada extraño.

Segunda madrugada: ocurrió una tragedia. Rompiendo la tranquilidad de la noche, se infiltró un desconocido en el territorio tres. Al principio, no sabían qué hacer, aunque era nuevo, el infiltrado era bastante astuto, mató al hipopótamo de forma sigilosa y lenta, no hubo ningún grito. Su amigo, el ratón, estaba muy asustado, pues había perdido a su compañero de vista, y tan pronto el infiltrado lo detectó, se le lanzó encima, matándolo sin compasión alguna; lo dejó literalmente con más de doce huesos rotos. Los demás no supieron de esto sino hasta el otro día, pues el hedor de los restos era evidente. Del ratón y del hipopótamo solo quedaron sus cuerpos y sus familias hechos trizas, eran apenas unos muchachos. El rey se pronunció y los mantuvo en alerta, este asesino era un desalmado y no dudaría en acabar con todos...



Tercera madrugada: unos querían ser fuertes e invencibles, mientras que otros estaban muy asustados, sabían que en cualquier momento iban a ser asesinados, aunque esta angustia fue en vano, la noche transcurrió sin novedad alguna.

Cuarta madrugada: una larga noche, la tensión y alerta no permitían conciliar el sueño. «Tal vez sea nuestro turno», pensaban; sin embargo, amanecieron todos con vida.

Quinta madrugada: se encontraba el lobo y el canguro en el territorio número uno, cuando de repente se escuchó un ruido extraño entre los arbustos, el único capaz de detectarlo fue el lobo, al que, aunque era un poco torpe, no le faltaba astucia. Intentó hacerle señas al canguro, pero este no respondió. Se dirigió sigilosamente adonde supuestamente debería encontrarlo y esta vez detectó un olor familiar... siguiendo su instinto, encontró al infiltrado sobre su compañero, quien, al verlo, atacó al canguro con un golpe mortal. El lobo le saltó encima rasgando su ropa y su pierna, este salió huyendo velozmente. El lobo, preocupado por su compañero, intentó devolverle la vida que el infiltrado había robado sin compasión.

Sexta madrugada: acordaron que el lobo se uniría al equipo de la rana y el loro, una noche tranquila para todos.

Séptima madrugada: los recuerdos de amigos perdidos acompañaban las guardias nocturnas... así llegaba otro amanecer.

Octava madrugada: todos tenían buena comunicación, ya que estaban rotando entre territorios, pero ese día la electricidad se cortó y quedaron incomunicados. La rana, que estaba oculta, escuchó una voz gruesa susurrando: «Te atrapé». En la madrugada, el rinoceronte, la jirafa y el loro aparecieron muertos de manera despiadada...

Novena madrugada: el dolor invadía los territorios.

Décima madrugada: el mono y el orangután decidieron arriesgarse, la rana y el lobo serían testigos silenciosos para poder descubrir al asesino o encontrar nuevas pistas, el sospechoso estaba cerca...

Decimoprimera madrugada: el arriesgar sus vidas había valido la pena. Confirmado el sospechoso, sabían que vendría por ellos, la rana estaba sobre la cabeza del lobo cuando sucedió algo inesperado, un fuerte impacto atravesó su pecho. El lobo no sabía qué hacer, era la sexta muerte que ocurría, sentía tanta rabia, que deseaba matarlo sin compasión, pero la voz de su enemigo irrumpió sus pensamientos:

—¡Hey, hey!, qué curioso, ¿no? Quién diría que el torpe lobo sobreviviría. Tengo un trato para ti, reina conmigo este asqueroso pueblo y sigamos sembrando el miedo.

El lobo lo miró confundido y replicó:

—¿Qué tipo de rey construye su reino sobre la sangre de sus plebeyos? Mereces la misma suerte que han corrido mis amigos, ahora sí que se cumplirá la misión, hemos encontrado al enemigo.



# CARTA A LA LOCURA

NICOLÁS CALDERÓN GARCÍA

Cali, Valle del Cauca

Segunda mención

LLEVABA VARIOS AÑOS TRABAJANDO EN LA CLÍNICA PSIQUIÁTRICA Rolod, una institución prestigiosa que ha brindado múltiples aportes a la psiquiatría. Yo era uno de sus más preciados psiquiatras, me dedicaba a investigar los trastornos de cambios de personalidad; todo paciente que llegaba con ese trastorno era tratado por mí. Fue así como conocí a Iván, un chico de unos veinticinco años, flaco, de mirada serena y muy pálido. Él había llegado a la clínica tras crear una segunda personalidad debido a que había presenciado la muerte de su madre en un intento de robo que salió mal, como muchos.

Cuando me lo asignaron pensé que sería como el resto de los pacientes que había tenido, alguien que se ha perdido en sus historias y recuerdos inventados para ignorar por completo su difícil y dolorosa realidad. La primera vez que nos vimos fue en mi oficina, él entró acompañado por una enfermera que, tras ver que yo iba a empezar a hablar con él, salió y nos dejó solos. Iván tomó asiento,

dio unas cuantas miradas a las paredes de las cuales colgaban varios de mis diplomas, para luego dirigir toda su atención a mí. Lo primero que pude notar era su completa serenidad, no parecía asustado o enojado como los demás pacientes que había tenido, tampoco temblaba o trataba de esquivar mi mirada; cualquier persona que lo hubiera visto hubiese dicho que él estaba sumamente cuerdo.

—Hola, soy el doctor Juan Carlos Vélez, pero puedes llamarme Juan —le dije iniciando nuestra sesión.

—Hola, mucho gusto, mi nombre es Navi —dijo cordialmente.

En ese momento me quedaron claras dos cosas, la primera fue que, pese a que su nombre verdadero era Iván, él dijo que se llamaba Navi, que es Iván escrito al revés, algo muy común en las personas con este tipo de problemas psicológicos; la otra cosa que noté, que no es tan común, fue que por primera vez un paciente me hablaba de manera cordial, pues por lo general eran esquivos o me respondían de forma grosera, pero él parecía ser diferente al resto.

Continuando con la conversación le pregunté si sabía por qué estaba en ese lugar.

Él respondió ni corto ni perezoso:

—Porque la gente dice que tengo un problema psicológico. —Hizo una pausa—. Aunque déjeme decirle, doctor, que yo me siento bastante cuerdo.

—Supongo que eso lo veremos más adelante —dije—, ya puedes retirarte.

Iván (Navi) y yo nos estrechamos las manos, pero antes de que él saliera de mi oficina se me ocurrió preguntarle algo.

—Espera, necesito preguntarte algo. —Iván se devolvió a su asiento—. Me gustaría que me dijeras, si no es mucha molestia, si conoces a Iván Andrés Gálvez. —Su cara se ensombreció.



—Sí, en definitiva, lo conozco, él es mi vecino, un chico muy inteligente que por desgracia perdió a su madre, su única familia —respondió—. ¿Por qué la pregunta?

—No, por nada, ya puedes retirarte.

Me quedé un tiempo a solas en mi oficina pensando en Iván. Era extraño que se comportara de manera tan calmada y respetuosa; sin embargo, ese comportamiento tan poco común me permitió empezar su tratamiento de inmediato, puesto que él no se resistiría.

Durante las primeras semanas el comportamiento de Iván fue ejemplar, participaba en las sesiones de grupo, no se resistía al tratamiento que le dábamos y durante sus horas libres jugaba ajedrez con los demás pacientes y algunos enfermeros en el comedor. Lo único que sí pedía era que lo llamáramos Navi, puesto que decía que él no era Iván, que ese era su vecino.

Un día le pregunté si no le molestaba estar entre tanto loco, y me dijo:

—Doctor, yo a ellos los trato con mucho respeto y les sigo la corriente a sus fantasías, a cambio ellos no me generan incomodidad alguna. —Hizo una pausa—. Se podría decir que me llevo bien con todos en esta clínica.

Todo cambió cuando el tratamiento que le dábamos empezó a hacer efecto; dejó de participar activamente en las sesiones grupales, ya no soportaba a sus compañeros y no volvió a jugar ajedrez con los demás. En cuanto al tratamiento, él mostraba estar cada vez más confundido, le costaba aceptar que era Iván, pero no podía afirmar que era Navi. Cierta día le pregunté otra vez si conocía a Iván.

—No sé, doctor —respondió con cierto tono melancólico—, a veces siento que soy Iván y siento su dolor, pero también sé que yo soy Navi, no sé lo que ustedes me están haciendo.



Poco a poco Navi fue aceptando que en realidad era Iván, y la persona respetuosa y feliz que era cuando entró desapareció, se volvió alguien melancólico, solitario y arisco; dejó de compartir con los demás pacientes y con los enfermeros. Aceptó quién era realmente, pero se enfrascó en otra locura, comenzó a escribir cartas dedicadas a una mujer que según él lo había dejado abandonado en la clínica psiquiátrica. No dejó que yo lo siguiera tratando, así que le asignaron otro doctor.

Al poco tiempo me fui a trabajar a otra clínica psiquiátrica lejos de la ciudad, me fui con cierto aire de culpa, puesto que siempre me preguntaba si le había hecho más mal que bien a Iván.

Varios años después volví a la ciudad, lo primero que hice fue dirigirme a la clínica donde estaba Iván. Cuando llegué me informaron que se lo habían llevado a una clínica más segura, puesto que se había vuelto muy violento. También, al saber que yo había sido su doctor, me pasaron una carta que había dejado en su cuarto, no tenía destinatario, la curiosidad pudo conmigo y empecé a leerla ahí mismo:

«Señora Locura, ¿por qué me has abandonado?»

Querida Locura que me permitía ser alguien más para olvidar mi triste realidad, te suplico por lo más preciado de este mundo que vuelvas, así yo podré volver a ser Navi y recuperar mi felicidad».

Un arrepentimiento invadió mi mente y se intensificó cuando, al ver el nombre de la clínica, noté que Rolod es 'dolor' escrito al revés.



# MEMORIAS DE MI ABUELA

DUVÁN ANDREY CAUCALI RODRÍGUEZ

Soacha, Cundinamarca

Tercera mención

EN UNA TARDE FRÍA, ACOMPAÑADOS POR EL CALOR DEL FOGÓN encendido en la cocina, estaba con mi abuela escuchando sus historias. Me contó que, tras la llegada de los españoles, en los inicios de la conquista, los indígenas huyeron con sus reliquias y su oro para que estos no fueran hurtados. Los ocultaron en moyas y vasijas de barro. Al final las guardaron bajo la tierra, en las montañas, en el lecho de los ríos y en algunas cuevas, lugares relativamente intransitables. Gracias a esto muchas posesiones indígenas escaparon de la ambiciosa mano española durante siglos; esos tesoros pasaron a convertirse en leyendas y se les conoce como guacas.

Mi abuela, cuando era niña, allá, hacia mediados de los años sesenta, vivía en una vereda cerca a Zipaquirá donde tenían una finca; era una zona que alguna vez había estado ocupada por los indígenas muisca. Al lado de la finca pasaba un río cristalino con pececillos y cangrejos, ese riachuelo era una de las maravillosas pinceladas



que da la naturaleza. Por las noches el río comenzaba a brillar, como si hubiera pequeñas estrellas navegando en el cauce, pero en realidad era el reflejo de la montaña, que en la superficie brillaba como escarcha. A mi abuela le encantaba esa vista, se deslumbraba con semejante belleza.

Se decía que en aquella montaña había sido enterrada una gigantesca guaca, con una fortuna atractiva para cualquiera. No obstante, sobre esa montaña recaía una supuesta maldición indígena que protegía ese tesoro. Por tal motivo nadie había intentado saquear ese terreno. Mi abuela, por otra parte, sentía curiosidad sobre los tesoros que encontraría si iba a escudriñar el lugar; quién la hubiera podido culpar, era una niña bastante curiosa y arriesgada. Ella iba a hacer lo que nadie se había atrevido, iba a buscar la guaca indígena.

Una mañana fue al río para lavar unas sábanas, después de restregarlas y dejarlas colgadas al sol tomó una tabla grande y la puso para cruzar el río —aquel río no era muy ancho—. Tras cruzar al otro lado se encontró con un terreno inexplorado y peligroso, pero se sentía con la suficiente valentía para seguir. Los primeros metros de la montaña eran llanos, se podía subir con facilidad apoyándose de las ramas de los arbustos, pero más arriba la montaña empezaba a ser engañosa, con desniveles y una alta maleza que dificultaba la vista. Con una rama mi abuela fue abriéndose paso entre el amplio pastizal, cuidándose de no dar pasos en falso, pues la tierra parecía estar húmeda y resbaladiza. Pocos metros más adelante se encontró un duraznero, cuya fruta ya estaba madura y apetitosa. Mi abuela se subió al árbol y guardó en su delantal unos cuantos duraznos para el camino. El árbol era lo suficientemente alto para poder ver desde allí su finca, bastante alejada del lugar, y también un amplio pastizal podado donde las vacas pastaban con tranquilidad. Se bajó y retomó su camino.



No era de sorprenderse que los animales curiosos comenzaran a aparecer. Los cucarrones y mosquitos abundaban por el lugar, se adherían a su piel y la pellizcaban; algunas serpientes se arrastraban por la tierra, pasaban por sus pies y se perdían en la maleza; muchas aves coloridas cantaban desde las copas de los árboles, había bastantes golondrinas y mirlas; cada par de minutos el silencio era interrumpido por el mugido de las vacas desde la finca vecina; las mariposas de colores revoloteaban frente a su nariz y luego salían volando a la nada. Era un paisaje muy hermoso.

De repente se encontró con un mortiño, se acercó y comenzó a comerse fruta por fruta. A mi abuela le encantaban esas frutas, eran su golosina preferida. Comió y comió hasta que el arbusto la castigó por golosa y le pinchó el dedo con una de sus espinas.

Después de un par de horas de camino encontró un primer indicio, una imagen hecha de barro, que sin duda era de un indígena. «Ya debo estar cerca», se dijo a sí misma. A medida que avanzaba, empezó a encontrar con mayor frecuencia figuras de barro, la mayoría ocultas en la tierra. Siguió subiendo hasta que encontró una cueva poco profunda, tomó su rama para defenderse y entró. Había vasijas de barro y esculturas en piedra, algunas armas ya deterioradas y algo que parecía una flauta, pero nada brillaba. Buscó rastros de oro sin encontrar nada, era como si la cueva ya hubiera sido saqueada. Se sintió decepcionada. Ya no podía ir más arriba de la montaña pues el cielo se había oscurecido. Poco después comenzó a llover. Bajó la montaña acompañada de la cruel lluvia.

Llegó a la casa, puso su ropa al lado de la estufa y se olvidó del oro que la llevaría a la gloria. Pocos días después, en todo el pueblo corrió la noticia de que un hacendado —vecino de ella— había encontrado la gigantesca guaca de la montaña y, por lo tanto, se había convertido en el hombre más rico del pueblo. «Tal vez ese oro no

era para mí después de todo», dijo mi abuela entre risas. Desde aquel día el río jamás volvió a brillar.

Hay que recalcar, según ella, que aún hoy en día hay muchas guacas indígenas enterradas en el suelo colombiano y latinoamericano. Debajo de la tierra puede haber un tesoro, pero no siempre un tesoro debe ser brillante.

Mi abuela es un libro de historias que siempre me deja maravillado. Sus relatos son magia, son tesoros que no pueden quedarse enterrados, al contrario, deben ser compartidos. Su vida es un libro lleno de cuentos que me hacen viajar como una mariposa en el aire infinito. Aún la imagino recostada en la ventana viendo el río brillar en la noche, como si fuera un reflejo del cielo nocturno. A veces me pregunto si viviré historias así de maravillosas. No lo sé, es posible. Todos siempre tenemos una historia para contar.



# LAS CADENAS QUE AÚN LAS ATAN

KAREN MARCELA PÉREZ CASTILLA

Sincelejo, Sucre

Primer lugar



A LO LARGO DE NUESTRA HISTORIA SE HA PODIDO DEMOSTRAR cómo el rol de la mujer en profesiones relacionadas con la ingeniería y la tecnología ha sido escaso y restringido. Pero ¿qué lleva a que la mujer no tome participación en variados tipos de carreras?, ¿una cuestión de gustos? ¿Tal vez la biología que las constituye no es favorable? Y en verdad, ¿cómo lograremos que el futuro no esté marcado con las mismas sombras del ayer? Interrogantes que sin duda dejan mucho que pensar, pero sobre todo mucho para actuar. Según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), solo un tercio de los licenciados en ingeniería a nivel mundial son mujeres. Un reflejo patente de esta realidad es España, con base en datos del Instituto de la Mujer, entre los años 2015 y 2016 únicamente un 25,64 % del alumnado universitario que estudiaba Ingeniería y Arquitectura eran mujeres, quienes representan menos del 30 % de la fuerza de trabajo; en cambio, en carreras ligadas con el arte, las humanidades o las ciencias de la salud se

apreciaba una homogeneidad en la fuerza laboral entre ambos sexos. Sin duda, este es uno de los tantos casos a nivel mundial donde el papel de la mujer se ve fuertemente limitado a ciertos tipos de actividades y claramente no es solo a nivel profesional, pues en muchos contextos de nuestra vida se puede observar y ser partícipe de una segregación marcada entre ambos sexos.

Por otro lado, la socióloga Karla Martínez Méndez, en un estudio realizado para su tesis doctoral, encontró que:

Desde edades tempranas los niños y las niñas se insertan en una sociedad donde los roles asociados a la perspectiva de género son muy definidos, en este proceso de socialización, cada género adquiere una serie de valores, normas y reglas sociales que modelan sus intereses y necesidades y que son proyectados en roles y estereotipos femeninos o masculinos. Todo esto a pesar de ser asignado culturalmente, es considerado como atributo natural, incuestionable. Como consecuencia, los hombres y mujeres adquieren ciertos roles y estereotipos de género que se ven reflejados en su elección profesional<sup>1</sup>.

De esto se puede decir que las mujeres tienen la tendencia a escoger profesiones conceptuadas típicamente como «femeninas», aquellas que se concentran en el cuidado, asistencia y bienestar de las personas; donde priman valores tales como la bondad, sacrificio, cordialidad, subordinación y obediencia, entre otros. Ejemplos de estas son la docencia, la enfermería y la estética. En realidad, lo que parece una cuestión tan sencilla sobre gustos o afinidades tiende a ser un proceso complejo de miles de años de historia; ideologías que han sido establecidas de generaciones en generaciones y que, sin lugar a duda, instituyeron con bases fuertes la creencia global de nuestra sociedad de hoy en día.

---

<sup>1</sup> Karla Martínez Méndez, «Tienen sexo las profesiones: Hombres y mujeres en profesiones femeninas y masculinas, el caso de los enfermeros y las ingenieras mecánicas electricistas» (tesis de doctorado), El Colegio de San Luis, 2015.

Así también, desde las escuelas las niñas aprenden de manera resuelta que los computadores son para los hombres; relacionando a su vez estos artefactos con la ciencia, los cálculos y la maquinaria, una amalgama que claramente llega a ser intimidante para las mujeres, quienes, en consecuencia, creen que los varones poseen de manera natural una abundancia de habilidades que solo pueden tener ellos, tales como ser capaces de manejar carros, aviones y camiones. No obstante, en el hogar la situación guarda el mismo grado de inequidad. Los videojuegos y el computador se agregan como nuevas tecnologías en un espacio doméstico sexualmente diferenciado. La tecnología está clasificada de acuerdo con una notable división del trabajo y el ocio: lo externo a la casa, como el carro y mantener económicamente el hogar, corresponde al esposo, mientras que a las mujeres les corresponde la cocina y la limpieza.

En síntesis, es de gran importancia reconocer cómo los roles de género que se nos imponen desde el hogar, y en general desde la sociedad, son un factor fundamental para la elección o no de una carrera. La forma como se educa a los niños repercute severamente en su futuro, en sus decisiones y acciones. En realidad, la biología de una mujer no es impedimento alguno para el estudio de carreras ligadas a las matemáticas o la construcción; la causante de esto es la cultura machista que aún se respira en la humanidad, ya que solo genera aislamientos de la mujer en sectores casi que exclusivos para hombres. La única forma como se puede crear un cambio significativo es rompiendo con estos estereotipos desde la niñez. Las mujeres deben creer y procesar desde pequeñas que no han nacido para ser escuetas princesas con llamativos vestidos, sino que tienen el poder, las capacidades y la actitud para ser desde luchadoras libres hasta agentes de la bolsa de valores, velocistas o cualquier cosa que deseen. No es hacer a la mujer mejor o superior al hombre, es hacer que el hombre y la mujer manejen las mismas garantías y oportunidades, sin restricciones ni límites, que sean iguales a pesar de sus diferencias.





# LA CEGUERA EN TIEMPOS DE PANDEMIA

MARÍA HELENA TARAZONA GARCÍA

Carcasí, Santander

Segundo lugar

LA PANDEMIA EN COLOMBIA COMENZÓ HACE SIETE MESES, Y hasta el día de hoy, nuestro país ha tenido que enfrentar diversas realidades. El coronavirus ha dado un golpe contundente, no solo en el ámbito de la salud, sino también en lo político, lo social y lo económico. Es así como esta difícil situación se convirtió en un cuadrilátero de boxeo. De un lado están los que han logrado adaptarse poco a poco e intentan sobrevivir, y del otro lado están los que se declararon derrotados porque son casi nulas las oportunidades que tienen para combatir todos los problemas que sacó a flote el virus. Es innegable que como en todo juego siempre están los vencedores y los vencidos. En este caso, los vencedores son aquellos que evidentemente tienen los medios para sobrellevar la situación, pero, en cambio, los vencidos son todo un pueblo sumergido en la

necesidad y la miseria; lo que, claro está, no es obra del coronavirus, sino de la corrupción que se hace más patente en estos tiempos de pandemia.

¿Y cómo quedarnos ciegos ante tanta dificultad? Sin duda, es uno de los tiempos más complejos que nos sumergen en la oscuridad. Ahora, no son solamente las armas de fuego, el dinero o la lucha de poderes y bandos políticos. Ya le sumamos a esto un enemigo pequeño pero muy poderoso. Un virus que hace parecer las armas diminutas agujas, que convirtió las batas blancas en capas de superhéroes, que convirtió los hospitales abandonados en resguardos de la vida, que dirigió las balas que atacaban a unos pocos hacia donde estamos todos. Pero no solo eso, también hizo ver todo aquello a lo que nos hemos negado.

¿De verdad es normal tanta ceguera o será que nos queremos hacer los ciegos porque nos aterroriza aceptar nuestra realidad?

Quizá es la segunda, quizá nos da terror aceptar que estos tiempos difíciles no son solo el resultado de un virus, sino del mal manejo que se le ha dado durante años a nuestro territorio. Un sistema de salud que no nos cobija a todos, una economía que les pertenece a los poderosos y unos privilegios de los que solo gozan unos pocos. En fin, un sinnúmero de cosas que no tiene caso mencionar. No pretendo desmentir la capacidad letal del tan nombrado virus, pero quiero hacer ver que quizá nuestra peor enfermedad ha sido la ceguera.

Sí, la ceguera, esa que muchos siguen negando porque creen que con negarla deja de existir. Entonces, empezamos a criticar y a cuestionar a quienes salen a las calles obligados por la necesidad de buscar alimento para llevárselo a sus hijos y pagar un techo para que no los echen a la calle; sí, porque ni siquiera es un país donde se pueda tener vivienda propia. Esto no es cuestión de si ellos valoran la vida o no, porque vivimos en un país donde si no nos mata el coronavirus, nos matan quienes deberían cuidarnos; o lo peor

de todo, nos mata el hambre. Así, desde estas perspectivas nos damos cuenta de que la crisis viene de antes, que la economía viene fracturada de años atrás, que las pésimas condiciones de salud no son nuevas, que el desempleo es solamente un pequeño reflejo de las manos que manipulan este perverso sistema.

Al final, nos damos cuenta de que quienes se llevan la peor parte de todo esto son los más necesitados, aquellos pequeños empresarios a los que el Gobierno no les tiende la mano porque no protegen directamente sus intereses, aquellas familias que quedaron desamparadas porque vivían del diario de sus ventas ambulantes, aquellas personas a quienes despidieron gracias a los contratos por obra o labor, las mismas que ni siquiera tienen acceso al sistema de salud en caso de emergencia y un sinfín de situaciones que ya todos conocemos, pero nos negamos a ver.

Esta es la muestra viva de la inequidad y la pobreza que azota este país sin que nosotros tan siquiera lo notemos. Es admirable cómo esa gente olvidada intenta salir adelante, aun con todas las limitaciones existentes; esas que intentan lograr que sus hijos sigan teniendo acceso a la educación, incluso si tienen que sacrificar los recursos de su comida. Lamentablemente tenemos un Gobierno nefasto que sigue negando la ayuda a quienes verdaderamente lo necesitan. Y a pesar de que este virus parece no distinguir género, raza, creencias o estratos sociales, algo es evidente y es que todos estamos expuestos.

La ceguera, esa de la que tanto habla Saramago en su obra titulada *Ensayo sobre la ceguera*, es una historia de pandemia, la cual se contagia de manera inminente. Esta obra es el reflejo de lo que se está viviendo en nuestro país, este virus fue el ancla que se apoderó de todas las personas, poco tiempo bastó para que se convirtiera en la gran pandemia del siglo XXI. Aun así, podría decirse que hay algo positivo en todo esto —aunque este virus letal se nos ha



llevado a muchos de nuestros abuelos vulnerables, a nuestros más entrañables familiares, la tranquilidad mental y de paso las pocas oportunidades para sobrevivir de algunos—, es indiscutible que a muchos nos abrió los ojos para emprender una lucha que empezamos pocos, pero nos beneficia a todos.

José Saramago afirma que «hay mucha ceguera en el mundo y este mal se extiende, claro que no es solo una ceguera física, o al menos no solamente»<sup>1</sup>. Esto permite entender que la ceguera no es solo física y que probablemente de esta sí podemos curarnos. Solo me queda un cuestionamiento y es: ¿Será que el virus es una oportunidad para curarnos de la imperiosa ceguera?



---

<sup>1</sup> José Saramago, citado en Ramiro Cristóbal, «El escritor portugués José Saramago trabaja actualmente en sus memorias», *El País*, 9 de agosto de 1996, <http://t.ly/1WdR>.

# LA INTER- SECCIONALIDAD ES LA CURA

LINA GABRIELA PARRA MEJÍA

Bogotá, D. C.

Tercer lugar



DESDE EL PRINCIPIO DE NUESTRA HISTORIA LAS MUJERES HAN sido despreciadas, desvalorizadas, humilladas y maltratadas. Pero ¿por qué? ¿Acaso no merecen los mismos privilegios que los hombres? Es justo decir que esta problemática fue inducida al núcleo de nuestra ciega e ignorante sociedad por medio de locuciones como: «La mujer pertenece a la cocina», «el rosado es de niñas», «las mujeres no juegan fútbol». Estas y muchas otras frases comunes y casi que tradicionales son las que hacen que aún se sientan rechazadas, incapaces e impotentes. De ahí que podemos decir que la lucha por reivindicar el feminismo interseccional es clave para alcanzar una verdadera equidad de género, porque ayuda a descubrir diferentes formas de discriminación —ya sea por raza, nacionalidad, orientación sexual— que no son explícitas, pero están presentes y dejan en desventaja a las mujeres.

Hay una pregunta muy común que surge cuando se habla del feminismo interseccional y es ¿cuál es la diferencia entre este y el feminismo tradicional? Para responderla es pertinente definir el primero. Según la Asociación para los Derechos de las Mujeres y el Desarrollo (2004), es el análisis de diferentes aspectos de la vida de una persona para entender la manera como su género se cruza con diferentes identidades y, al mismo tiempo, la forma como dichos encuentros afectan la experiencia vivida por un individuo frente a los aspectos de opresión y privilegio. Estas diferentes perspectivas incluyen la religión, cultura, geografía, raza, nivel económico y estrato social, entre otras. En contraste, el feminismo tradicional busca una equidad que no es del todo inclusiva, debido a que ignora que las mujeres tienen diferentes aspectos en sus vidas en los cuales pueden ser privilegiadas, mientras que en otros aspectos puede que sufran alguna clase de discriminación.

Un perfecto ejemplo de la interseccionalidad sería el que muestra la escritora y activista estadounidense Angela Davis, quien en 1981 publicó uno de los libros más relevantes en la historia del feminismo: *Mujeres, raza y clase*. En su libro retrata cómo la mujer no es una sola, sino que tiene distintas facetas, que tienen que ver con su educación, su estatus social, laboral y, más importante aún, su raza. Davis habla sobre cuáles fueron las dificultades que la sociedad le presentó en su tiempo, teniendo en cuenta que el ser una mujer negra en los Estados Unidos, en la época de los sesenta a los noventa, implicaba una limitación de derechos absurda (Davis, 1981, citado por Muñoz, 2019). Por lo tanto, defiende el hecho de que el feminismo necesita la interseccionalidad para conocer las desventajas femeninas y de esta manera no omitir los distintos poderes de opresión en una sola persona.

Y, pensándolo bien, si se ignora la interseccionalidad, incluso el feminismo tradicional pierde su sentido, debido a que no se puede lograr una equidad real. Si recordamos, el feminismo en general

busca equidad; sin embargo, si hay equidad laboral pero no hay equidad sexual o social, entonces no hay un cambio relevante. Si una mujer tiene privilegios económicos pero no tiene libertad de expresión, de igual manera se le están violando derechos. Sí, ha habido cambios, y también es cierto que las cosas no son iguales a como lo eran en la década de los sesenta, treinta o incluso diez años atrás. De todas maneras es utópico pensar que nuestra sociedad ya ha resuelto la brecha de privilegio entre hombres y mujeres, porque el simple hecho de que en los colegios las niñas tengan que seguir un código de vestuario para «no distraer a los niños», o que a las mujeres se les siga juzgando por un libertinaje sexual que los mismos hombres ejercen sin ningún tipo de enfrentamiento, nos muestra que las libertades femeninas están, pero al mismo tiempo son demasiado limitadas por los estereotipos colectivos que no solo los hombres imponen sino también las mismas mujeres.

La emblemática autora estadounidense Bell Hooks, quien escribió el libro *El feminismo es para todo el mundo*, afirma que desde los orígenes y a lo largo de su historia, este movimiento tuvo como principales abogadas de los derechos femeninos a las mujeres blancas, quienes en su mayoría habían estado en relaciones abusivas y agresivas, e incluso habían sufrido infidelidad (Hooks, citada en Jiménez, 2017). Esto creó una brecha dentro del movimiento, ya que las voces escuchadas no eran diversas y por lo tanto se ignoraban muchos conflictos vividos por mujeres de color, mujeres indígenas, de la comunidad LGBTQ+ e incluso migrantes de diferentes lugares del mundo, ya fuera de Latinoamérica, Asia o del Medio Oriente, a quienes esta corriente no acogía porque la discriminación racial y sexual entre mujeres seguía —y aún sigue— siendo demasiado evidente.

Pero en los últimos años el feminismo se ha vuelto más que todo una moda, lo cual hace que no se acepte la diversidad. Esto genera un problema, porque los medios de comunicación y las redes

sociales se han convertido en un foro de gente privilegiada, en vez de alzar la voz por las demás mujeres que no son blancas, que no tienen estabilidad económica, o que su religión o sistema político no les da las libertades que muchas otras mujeres sí tienen. La activista Ayomide Zuri, que defiende al feminismo negro en España, sugiere que lo que le falta al feminismo es «dejar de ser una ola mediática y que se convierta en algo real» (Zuri, citada en Bala, 2019). Esto quiere decir que debe dejar de verse como una tendencia pasajera o algo que las jóvenes de hoy en día utilizan como excusa de comportamientos banales.

Para concluir, podemos decir que el feminismo interseccional sí es clave para alcanzar una equidad de género real y justa, puesto que este ve las diferencias entre hombres y mujeres e incluso las diferencias entre las mismas mujeres como una cualidad, mas no como una barrera entre géneros, razas y grupos étnicos. Este feminismo es incluyente y es el camino para lograr una convivencia unida, y que sea apropiada y amigable frente a las necesidades actuales y futuras de nuestra sociedad.



# BATMAN, ¿EL PARAMILITAR O JUSTICIERO DE CIUDAD GÓTICA?

VERÓNICA CHACÓN TORRES

Mosquera, Cundinamarca

Primera mención

SI SE MENCIONARA A UN INDIVIDUO ENCUBIERTO QUE VA POR la vida defendiendo la justicia y preservando el orden en un lugar caótico podría llegar a la mente cualquier héroe magnífico y adorado de cómic. Batman, por ejemplo, el sujeto prometedor y guardián del bien en Ciudad Gótica. En medio de todo tipo de historias con todo tipo de villanos siempre toma las decisiones correctas. Pero entonces ¿qué pasaría si en la vida real no un individuo sino muchos salieran con la premisa de conservar el orden y la justicia sin ser ni siquiera actores del Estado?

¿Cómo sabrían ellos, al igual que Batman, cuáles son las decisiones correctas y justificables para este fin mayor? En este punto esa descripción «hipotética» muestra cierta similitud con los conocidos personajes inexistentes para el Gobierno, pero trascendentales en la historia del país. Y al pensar en actores que imparten el orden sin pertenecer a la Fuerza Pública ni Batman ni estos innombrables grupos nacionales se escapan de la semejanza. Entonces ¿es un héroe o un paramilitar?

En primer lugar, como expone Gómez en su artículo «Superhéroes, derecho y justicia: Una relación problemática», lo cierto es que, normalmente, los superhéroes suelen colaborar con la policía y con las autoridades, pero sus métodos no son del todo ortodoxos. De hecho, es habitual que detengan sin orden judicial, allanen moradas, utilicen la intimidación e incluso la agresión física o persigan sin detenerse ante nada. En efecto, suelen ser aliados del Estado; sin embargo, sus acciones no suelen estar respaldadas según los límites jurídicos, y en cierto modo —paradójicamente— podrían ser generadores de un mayor desorden público<sup>1</sup>.

Ahora bien, está la teoría política y de construcción del Estado de Hobbes. De acuerdo con Cardona, lo que propone la teoría de Hobbes es el pacto social en el que se posiciona al Estado «como garantía legal del pacto social. Pues este tiene el deber moral y la obligación social de hacer respetar el contrato ante cualquier brote de anarquía»<sup>2</sup>. Lo que quiere decir que en medio del caos es necesario preservar el orden, pero los ciudadanos dotan de esta potestad única y exclusivamente al Estado a cambio de protección y garantías. Se infiere entonces que esta función es propia solo del soberano y no

1 Sandra Gómez-Carreño Galán, «Superhéroes, derecho y justicia: Una relación problemática», *Abogacía Española*, 28 de agosto de 2017, <http://t.ly/zwQT>.

2 Porfirio Cardona Restrepo, «Poder político, contrato y sociedad civil: de Hobbes a Locke», *Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas* 38, n.º 108 (2008): 123-154.

de los mismos ciudadanos, pues son necesarias las leyes y el pacto político para el funcionamiento en sociedad.

Como tercer argumento, y en concordancia con Cardona, el siguiente punto de vista viene desde Locke y la legitimación del poder desde la sociedad civil, por «la necesidad de establecer un Estado de derecho que garantizara no solo la convivencia pacífica de los ciudadanos, sino que introdujera la justicia, la igualdad política de los ciudadanos, protegiera la propiedad privada y garantizara la paz en su nación»<sup>3</sup>. Este planteamiento resalta la importancia de priorizar al individuo y definir el Estado como una institución que le da respuesta al ciudadano y no ejerce control tirano sobre él. En total acuerdo con Hobbes, además, afirma que la anarquía debe evitarse para un funcionamiento armónico. Por consiguiente, el poder político cumple la función de proteger la propiedad privada y crear las leyes que regularán la sociedad, permitiendo que esta salga del estadio de naturaleza para ascender a un estadio de sociedad civil constituida por acuerdos<sup>4</sup>.

Como último argumento, entra Webber y el monopolio de la violencia. Según Burgos, este concepto introducido por Webber hace referencia a que el Estado es el único agente autorizado a ejercer fuerza de manera legítima. «Por ende, el Estado es una organización de fuerza o coerción en el entendido de que estas, al contrario de la violencia, están sujetas a constricciones, límites y al final de cuentas, a una legitimidad legal»<sup>5</sup>. Esto conduce a entender que para la construcción del Estado político moderno es más que esencial esa delimitación, puesto que individuos haciendo uso de armas por cuenta propia están injustificados.

---

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> Germán Burgos, «El monopolio de la violencia como construcción jurídica: Algunos desafíos globales», *Análisis Político* 30, n.º 89 (2017): 111-126.



En conclusión, tras realizar un análisis de las teorías políticas, desde Hobbes a Webber, se puede llegar a lo siguiente:

La conformación del poder se da idealmente con el orden, establecido por medio de acuerdos. Sin embargo, para la conservación de esta armonía, el Estado debe ser el agente fuerte, esto hace referencia a que se encarga de proteger y rendir cuentas a los ciudadanos, pero también es el único habilitado para poseer el monopolio de la violencia.

En concordancia con ello, es fácil darse cuenta de que Batman no opera desde esos principios; de hecho, defiende el orden y la justicia desde un concepto propio de lo que es el bien, pero sirviendo incluso a sus intereses personales. Ahora bien, haciendo el comparativo con los agentes que operan al margen de la ley, como un mecanismo de defensa privada en Colombia, no hay tantas diferencias. Ambos actúan en función de lo que consideran correcto, haciendo lo que sea necesario por más ilegítimo que se considere.

Y sería posible afirmar que el aclamado y correcto superhéroe no es seguramente el mejor ejemplo para impartir justicia, aunque definitivamente es propio concluir que hemos crecido siendo fanáticos de un paramilitar.





# PAGARÍA POR UNA ESCULTURA DE MI HERMANO

LUIS FERNANDO MORENO GARAY

Cali, Valle del Cauca

Segunda mención

RECUERDO QUE EN MI INFANCIA LA ÚNICA EDUCACIÓN reconocida eran los gritos de mi madre y las tareas semanales de la escuela. No conocía más. De hecho, la palabra *educación* para mí era sinónimo de ir al colegio y cumplir, cumplir y cumplir. No me quejo de eso, era un niño y mi preocupación más importante era no perder los muñecos que nunca sabía dónde dejaba. Sin embargo, con el tiempo me empecé a fijar en los demás, específicamente en cómo era que a algunos se les dificultaba la escuela, mientras que a mí no, aunque nuestros conceptos de educación eran los mismos. Me respondía que se debía a la pereza, ni modo, era lo que decían mis padres al respecto, en especial con un hermano totalmente absorbido por las artes plásticas. ¿Qué veía él en su cabeza que yo no, como para no cumplir al igual que yo en la escuela? Parecía

neurótico, me obsesionaba la pregunta y me preocupaba también, y no se fue, hizo su nido y se quedó a crecer conmigo.

Verán, mi hermano reprobó varios años lectivos. ¿Cuál era su problema? Se lo preguntaban mis padres, mis primos, mis tíos y hasta yo. Obviamente quería que mi hermano superara toda la academia establecida y se pudiera dedicar con más facilidad a jugar con la plastilina, le gustaba y era el mejor, en serio. Muchas veces quise copiarle y robarle los diseños, pero no pude; entendía que su trabajo era magnífico y más que asemejarme a él, me apetecía más apreciarlo. Era un mago. Los trozos carentes de sentido los convertía en piezas de arte que significaban de todo. Cuando se discutía con él en las noches por su bajo rendimiento, yo inocentemente me entremetía a escuchar. Pensaba en ello todo el día, hasta que empecé a conocer a más personas como él en el colegio. Muchos de ellos pensaban igual, a muchos de ellos no les atraía memorizarse las tablas de multiplicar o aprender a dividir.

A algunos les gustaba el dibujo, hicimos muchos concursos a ver quién era el mejor, siempre resulté perdiendo, aunque lo disfrutaba. A otros les gustaba el fútbol, quedé muchas veces campeón con el equipo de mi escuela, había muchas estrellas en mi equipo. Unos más se inclinaban por la música, y desde pequeños tocaban la guitarra; recibí muchos conciertos en el patio del colegio. Y ni hablar de a los que les gustaba el canto, con ellos era la combinación perfecta para descansar a mitad de jornada. Muchas personas talentosas que, al igual que mi hermano, no tenían la mirada fija en el pizarrón y que, a pesar de las notas bajas, seguían en lo suyo, en lo que querían, con los ojos brillantes y la boca abierta, felices de lo que hacían, pero tristes de lo que recibían a cambio.

El azar me hizo estar en los salones con los peores promedios. Mis amigos eran los promedios más bajos del colegio. Esto revolvía mi mente: ¿Qué hacía que a ellos les fuera tan mal? Obviamente había



muchos problemas de por medio, ahora los reconozco y entiendo un poco su dificultad, pero muchos eran lo que mi hermano era: un niño con diferentes gafas para enfocar la vida, con el mismo nivel de astigmatismo.

«Ojalá sea músico». «Va a ser el mejor futbolista». «Mira sus dibujos, debería venderlos». «Si así canta distraída, ¿cómo será en el escenario?». «Bailando se le ve muy feliz». «Si no es comediante, no sé lo que sea en el futuro». Eran las frases que más decía en mis días de estudiante. Veía en ellos a mi hermano, y me preocupaba por todos de igual manera. Quería que fueran felices con lo que hacían en el descanso y no en clase. Y no solo eso, también decía cosas como: «Mira cómo escribe, yo me compro un libro de ella». «Su memoria es bastante prodigiosa, nos supera a cada uno de nosotros». «Multiplica rapidísimo, ni calculadora necesita». «Nos defendió a todos, cuando necesite a un abogado lo llamaré a él». La fortuna me puso al frente muchas personas diversas que, fueran lo que fuesen, las admiraba por lo que eran, por lo que hacían, por lo que les gustaba.

Lastimosamente cuando crecí no vi cantantes, músicos, pintores, escultores, bailarines o actrices. Solo vi caras apagadas o movidas por el miedo, diciendo cómo iban a ser contadores, administradores, ingenieros, médicos, etc. Vi que unos ojos que alumbraban en primaria, en secundaria ya no tenían batería para seguir brillando, para seguir deslumbrando, para seguir haciendo sonreír a los demás, siendo felices ellos mismos.

Eso fue lo que encendió mi inconformismo y me llevó a intentar responder preguntas sobre la educación. Hablé muchas veces de forma muy personal con mis amigos. Quise ayudar con los consejos más escuetos. Intenté dibujar una sonrisa cuando ni siquiera tenía el lápiz y el borrador. Intenté colorear un mundo cuando aún me salía de las rayas. Y entendí que no podía hacer nada, aunque



me preocupara por muchos, el camino de ellos ya estaba esculpido. Ellos ya habían cantado la canción que iban a tener que interpretar. Ya habían bailado la coreografía más repetida. Empezaron a actuar con el libreto más conocido. Terminaron con la canción que componían para tocar la que les pedían. Mi hermano ya no compraba plastilina, regalaba la que tenía.

Quizá por esto decidí ser maestro, porque aún veo a mis amigos con los pasatiempos que más quisieron como carrera, pero que ahora yacen bajo las obligaciones de la asignatura que no da tregua: la vida. Es posible que no pueda hacer mucho, pero al menos intentaré hacer del salón de clases lo que ellos hubieran querido que fuera. Tengo en mi cabeza la importancia del contenido académico, pero también tengo en cuenta las miradas que se pueden encender una o dos veces a la semana o, por lo menos, que se pueden mantener titilando débilmente a contracorriente de un sistema educativo construido en escala de grises.

# INFLUENCIA DE LOS *BOTS* EN EL COMPORTAMIENTO HUMANO

ÓSCAR ARMANDO CERVANTES ÁVILA

Baranoa, Atlántico

Tercera mención

EN UNA ÉPOCA EN QUE LA TECNOLOGÍA FORMA PARTE prácticamente de todos los procesos cotidianos —como el aprendizaje, la búsqueda de información, las compras, los deportes, entre otros—, los *bots* se han convertido en una herramienta fundamental en la interacción del hombre con los sistemas informáticos. Muchas empresas utilizan esta herramienta para hacer más agradable la interacción del cliente con sus programas o aplicaciones; dichos sistemas brindan una comunicación semejante a la humana, pero con capacidad limitada, debido a que solo responden a acciones previamente establecidas. Si bien la tecnología no deja de sorprendernos, la inteligencia artificial que pueda generarse

no sobrepasará la humana. Es la capacidad de pensar lo que nos distingue, los *bots* están alejados de eso, por lo cual son incapaces de modificar los ideales y valores que caracterizan a cada persona.

Una de las aplicaciones más destacadas que tienen los *bots* es en las redes sociales, como consecuencia de la cantidad de usuarios que tienen estas. Ante la necesidad de brindar una atención adecuada a las inquietudes respecto a la información general de la red o a su funcionamiento, se hace inevitable el uso de programas que realicen estas tareas de forma automatizada. Sin embargo, no todos los *bots* albergados en las redes sociales tienen intenciones positivas y proceden de fuentes verídicas. Un caso reconocido de esto es el uso político que se le ha dado a Twitter, una de las redes con mayor cantidad de usuarios en el mundo, y que se ha convertido en un espacio de disputa importante respecto a los temas políticos y de gobierno.

Muchos países a nivel mundial, sin importar sus políticas, utilizan *bots*, principalmente en tres tipos de contextos: elecciones, escándalos y crisis de seguridad; tienen como objetivo la manipulación de la opinión pública y generar debates polarizados según su conveniencia. Estas actividades se dan por medio de perfiles ficticios que promueven información falsa con la intención de persuadir a las personas que acceden a dicho contenido; sin embargo, estos perfiles de *bots* son fácilmente reconocibles porque comúnmente carecen de información básica de la cuenta, como nombres de usuario o imágenes de perfil (Puyosa, 2017). Esto ocasiona que ninguna persona consciente de la presencia de este tipo de cuentas modifique sus ideas con respecto a algún tema determinado, ya que reconoce que esta clase de material carece de veracidad.

Un caso particular que se presentó en Twitter tuvo lugar en Arabia Saudita, donde los mensajes de minorías activistas quedaron ahogados en un mar de tuits de *bots*, que tenían como fin realizar



propaganda política y recortar las libertades digitales. También sucedió en Yemen, donde se abrió un debate por la operación militar saudita: dos usuarios con más de cien mil seguidores influenciaron activamente el debate, enviando mensajes prosauditas de odio y discriminación hacia los hutíes, los opositores de los sauditas. Por la cantidad de seguidores que tenían ellos y la influencia que generaron en los países del Golfo, los mensajes a favor de los hutíes no tuvieron la oportunidad de resaltar, añadiendo que la gran cantidad de seguidores que tenían estos usuarios eran solo *bots* que guiaban a un gran grupo de personas hacia un estado de ánimo ya predispuesto; es decir, estas personas utilizaron los *bots* como camuflaje para persuadir a los receptores, lo que reafirma que los *bots* por sí solos no poseen la capacidad de cambiar las ideas de las personas (Transfeld y Werenfels, 2017). Llegados a este punto podemos decir que condenar totalmente las redes sociales, como también los *bots*, resulta inadecuado, porque somos nosotros quienes usamos estas herramientas decidiendo su finalidad; esto significa que los *bots* dependen del uso que les dé la humanidad, no son malos ni buenos, solo son una herramienta que el hombre utiliza.

Por otro lado, es reconocido que los *bots* son una parte importante del ecosistema de Internet, ya que nos ayudan a realizar tareas que nos resultan tediosas y repetitivas, y que, en algún punto, estarán más cerca de incluir errores humanos. Pero, al igual que nosotros, los *bots* tienden a cometer errores, no por la repetición, sino por la falta de programación de todas las situaciones que pueden ocurrir en el mundo real y la capacidad de tomar decisiones con base en ellas. Por eso, la mejor combinación es el uso de *bots* bajo la supervisión de personas capacitadas. Un ejemplo de esto es la utilización de *bots* supervisados por analistas cuánticos para controlar el mercado global por medio de la bolsa, estos *bots* realizan transacciones de compra y venta de acciones con una rapidez que supera por mucho a los humanos. Sin embargo, no todas las transacciones



realizadas por estos *bots* son acertadas, como sucedió con la firma financiera de alta tecnología Knight Capital, que quedó al borde de la quiebra por un algoritmo que presentó una falla y generó más de cuatrocientos cuarenta millones de dólares de pérdidas en solo cuarenta y cinco minutos (Knight, 2013).

Este caso nos muestra claramente la necesidad de la relación entre la inteligencia humana y la inteligencia artificial para el adecuado funcionamiento de la segunda, lo que la hace dependiente de las decisiones humanas. Esto, a su vez, hace impensable que algo dependiente del conocimiento humano sea capaz de modificar su propio conocimiento hasta el punto de cambiar sus ideas.

Analizados estos contextos en los cuales los *bots* han sido protagonistas, tenemos como común denominador la poca veracidad y eficacia que tienen los *bots* cuando están alejados de la manipulación y supervisión humana, además, estos programas comúnmente presentan fallas en su diseño o funcionamiento, lo que los hace fácilmente identificables para las personas que son conscientes de su existencia. Tomando como punto de partida el tan mencionado razonamiento que nos permite distinguir entre el comportamiento humano y el mostrado por los *bots*, podemos decir que dicha característica está ausente en esta forma de inteligencia artificial, lo que les impide influenciar los valores o ideales que caracterizan a una sociedad o a un individuo en específico.

# LOS AUTORES

## Marcelino Hudgson Steele

Nació el 2 de marzo de 1998. Es magíster en Filosofía de la Universidad Javeriana. Su relación con la lectura se debe a su madre. De niño leía historias policíacas y dibujaba cómics. Dejó el dibujo para escribir. Escribió una novela ambientada en la isla de San Andrés que está a la espera de ser publicada.

## Natalia Roza Vanegas

Nació el 9 de octubre de 1997. Es abogada de la Universidad Surcolombiana de Neiva, Huila, donde en la actualidad trabaja como investigadora. Llegó a los libros gracias a su hermana, que la llevaba a las ventas ambulantes de libros y a la biblioteca pública. Ha formado parte de los dos talleres de Relata de su ciudad.

## Yehosua Bejarano Cáceres

Nació el 11 de marzo de 2005. Es egresado del Gimnasio Campestre Reino Británico, de Tenjo, Cundinamarca. De muy joven ingresó al Conservatorio de Música de la Universidad Nacional de Colombia, y fue a raíz de su gusto por un tango de Goyeneche que escribió el cuento «El ajedrecista». Dedicó este premio a su madre.

### **Sara Triana Galvis**

Nació el 17 de octubre de 2005. Es estudiante del Colegio El Salitre Suba, de Bogotá. Su amor por la lectura empezó en cuarto grado, debido a una profesora que les transmitía a todos los de su clase el amor por los libros. Desde hace un año dedica parte de su tiempo libre a la escritura.

### **Nicolás Calderón García**

Nació el 7 de abril de 2003. Es estudiante de la Institución Educativa Técnico Industrial José María Carbonell, de Cali. Desde muy pequeño es aficionado a la lectura y la escritura. Sus géneros literarios preferidos son la novela policiaca y la novela negra, y su sueño es publicar sus cuentos en un libro.

### **Duván Andrey Caucaí Rodríguez**

Nació el 28 de mayo de 2005. Es estudiante de la Institución Educativa Santa Rosa de Lima, de Soacha, Cundinamarca. A los ocho años empezó a escribir cuentos y poemas. Tiempo después, y gracias al apoyo y consejos de una profesora de Literatura, se decidió a escribir su primer libro, el cual espera publicar.

### **Karen Marcela Pérez Castilla**

Nació en 2001. Es estudiante de tercer semestre de Ingeniería Industrial en la Universidad de Antioquia, sede Medellín. Ha trabajado el ensayo como ejercicio académico, lo que le ha permitido tratar problemáticas de su interés y que afectan su entorno. No se considera una lectora de literatura, pero lee, y lee mucho: es lectora de autores como Carlos Ruiz Zafón y títulos de finanzas personales, empoderamiento y crecimiento personal.

### **María Helena Tarazona García**

Nació en 2003. Es estudiante de grado undécimo de la Institución Educativa El Tobar, de Carcasí. Concibe el ensayo como un género que le permite expresar su forma de entender el mundo de manera directa. En la actualidad es una lectora entusiasta de Gabriel García Márquez y su obra la está llevando a optar por la literatura como carrera profesional, en lugar de la medicina.

### **Lina Gabriela Parra Mejía**

Nació en 2004. Es estudiante de grado décimo del Colegio San Jorge de Inglaterra. Lina se considera de carácter fuerte, pero, lejos de ser caprichosa, es una persona a la que le gusta debatir y argumentar, de allí su interés por el ensayo. No siente que sea apasionada por la lectura de literatura, pero es asidua lectora de textos periodísticos, y sobre todo de columnas de opinión y canales del mismo talante, ya que alimentan su postura analítica ante el mundo.

### **Verónica Chacón Torres**

Nació en Bogotá en 2003. Acaba de graduarse del Colegio Sagrados Corazones, de Mosquera. Le ha gustado escribir desde que tiene memoria, aunque es la primera vez que participa en un concurso. Prefiere el ensayo porque puede argumentar, debatir y apoyar sus ideas. Su entorno familiar ha sido decisivo para ello. Quiere estudiar Ciencias Políticas. Se confiesa lectora de Maquiavelo.

### **Luis Fernando Moreno Garay**

Nació en 1999, en Garzón, Huila. Es normalista y estudiante de la Licenciatura en Matemáticas de la Universidad del Valle. Vive en Cali desde los ocho años. Es lector asiduo de Montaigne, Camus, Saramago y García Márquez. El ensayo le da libertad para organizar y prestar atención a sus propias ideas ante una situación.

### **Óscar Armando Cervantes Ávila**

Nació en 1997. Es ingeniero industrial de la Universidad del Norte, Barranquilla. La escritura es una forma de desahogarse y expresar sus sentimientos e ideas; por eso eligió al ensayo, pues encuentra en este género una mayor libertad para tratar cualquier tema. Además de Gabriel García Márquez, le apasiona la literatura juvenil.





# CATEGORÍA ADULTOS

---

**Cuentos - Ensayos**





# LA PARTIDA

JOSÉ LUIS PEMBERTY TAMAYO

Yarumal, Antioquia

Primer lugar

—¿UNA PARTIDITA, PACHO?

La pregunta sabía que no iba a recibir una respuesta firme; desde hacía varios días, los hermanos Rodríguez no habían vuelto a tocar el tablero de ajedrez, aunque había estado adornando la habitación de Francisco desde el primer día de la hospitalización. Todos los días, cumplidamente, pasada la hora del almuerzo, Gonzalo proponía comenzar una partida; el ofrecimiento por lo general era aceptado, pero desde hacía una semana, Francisco había venido empeorando y la respuesta era siempre negativa.

En esta oportunidad, el rechazo quedó dicho solo con una sacudida de la mano que dejó el cuarto en silencio. Francisco se quedó dormido poco después de almorzar y Gonzalo se retiró temprano, a eso de las dos, para hacer algunas diligencias y poder volver antes de que terminara la hora de las visitas para despedirse de su hermano.

La imagen del hombre enjuto que iba cumplidamente a pasar los días con el enfermo de la habitación 1208 enternece a las enfermeras; leía, jugaba al ajedrez, escuchaba la radio y charlaba siempre

de forma animada con su hermano, al que cuidaba con esmero y, sobre todo, con cariño. Esa tarde, cuando lo vieron salir temprano, estuvieron algo sorprendidas, aunque dejaron que las saludara de forma jocosa, como de costumbre.

El anciano Francisco, sin embargo, no resistió toda la tarde, y cuando su hermano regresó, justo a tiempo para pasar algunos minutos con él antes de finalizar la hora de las visitas, se encontró con que estaban recogiendo el cuerpo muerto. «Una crisis repentina que desembocó en un infarto», eso fue todo lo que pudo recoger del largo discurso que el médico dio para explicarle la situación. La confianza que tenía con los empleados del hospital le permitió entrar a quedarse un tiempo en la habitación mientras que las enfermeras terminaban de ponerla en orden. Después de algunos minutos de meditar mirando a la ventana, Gonzalo comenzó en silencio a recoger las pocas cosas de su hermano que quedaban allí. Cuando llegó a la mesita sobre la que siempre estaba el ajedrez armado, notó curiosamente que un peón blanco estaba adelantado un par de casillas; sonrió a las fichas y comenzó a juntarlas para empacarlas.

Algunos días después de la muerte de Francisco, cuando ya había pasado el entierro y Gonzalo estaba comenzando a acostumbrarse a vivir solo y a recuperar sus hábitos de sueño y de alimentación, se dio a la tarea de ordenar la casa, limpiar un poco, comenzar a mirar las cosas que habían quedado de su hermano y pensar en recomodar los muebles o, incluso, en una mudanza. Por el momento, tomó un trozo de tela para limpiar el polvo que se había asentado sobre las superficies en los días que había durado su corta depresión. Cuando estuvo en la sala, ante el tablero que había colocado en su sitio la misma noche de la muerte de su hermano, no pudo evitar notar que, de nuevo, un peón blanco estaba adelantado un par de casillas. La imagen le recordó la tarde en el hospital y lo llevó

a pensar en los últimos días que había compartido con Francisco; la tristeza que había comenzado a reducirse lo invadió de nuevo y se desplomó en el sofá para llorar.

Pasado un tiempo de estar sentado con el rostro puesto sobre las rodillas y las manos rodeándole las piernas, cuando hubo llorado suficiente, Gonzalo bajó los pies y se acomodó con la cabeza hacia atrás. Buscando mirar por la ventana, volvió la cara hacia un lado y se encontró de nuevo con el juego; miró en silencio unos segundos y su expresión, de pronto, se convirtió en una sonrisa calmada. Se puso de pie, fue a la mesita donde estaba el tablero y, tomando una de las negras, realizó un movimiento. Se volvió para acomodar una silla; cuando se sentó y volvió a alzar la cabeza, otra de las blancas había hecho su avance.



# UN INSTANTE DE CLARIDAD

EDUAR JAVIER VEGA PÉREZ

Valledupar, Cesar

Segundo lugar



LA SOMBRA DEL DESEMPLEO EMPEZÓ A ENTRISTECER LOS DÍAS de Beleño cuando el candidato de la oposición comenzó a repuntar en las encuestas. Tras ocho años al frente de la empresa de servicios públicos Emdesa, sus temores se materializaron el día de las elecciones: a partir del primero de enero ya no estaría en su cargo.

Beleño entregó su despacho con la satisfacción del deber cumplido, pero con la preocupación de que los proyectos puestos en marcha a lo largo de esos años fueran llevados al fracaso por un advenedizo que no conocía el tema. Eternamente inconforme, juntó el dinero de las cesantías y los ahorros de aquellos años para montar un negocio, pero su ocupación principal desde ese día fue dirigir la oposición al nuevo Gobierno municipal y hacerle la vida imposible a su reemplazo en Emdesa.

Con la experiencia de sus ocho años de gerencia, Beleño delegaba la administración del negocio a su mujer, mientras rondaba por

las instalaciones del acueducto, vigilaba las rutas del camión recolector de basuras y vigilaba los taponamientos de las redes de alcantarillado, en una marcha frenética que hacía recordar sus mejores momentos en la empresa, cuando él personalmente se armaba de segueta y pegante para solucionar fugas y no le importaba quedar impregnado de olores nauseabundos para enmendar un taponamiento.

Durante el primer semestre del nuevo Gobierno denunció los retrasos en el mejoramiento de la presión del flujo de agua en los barrios más altos, y logró que apareciera un enorme lote de tubería que había desaparecido misteriosamente. Asimismo, impidió que se efectuara una transacción millonaria para la compra de un nuevo camión recolector, demostrando que el existente solo necesitaba unos cuantos retoques de latonería y pintura. Con su natural capacidad de liderazgo, convocaba a los habitantes de las nuevas invasiones, acompañándolos hasta su antigua oficina para solicitar la conexión inmediata del acueducto y del alcantarillado. Ajeno a las encrucijadas del presupuesto familiar, Beleño dormía tranquilo, porque el presupuesto de Emdesa nunca había rendido tanto como ahora, cuando se había autoproclamado fiscal contra el despilfarro.

Vientos de tranquilidad circulaban desde la empresa de servicios públicos, estacionando el tedio como una fina capa de polvo sobre los días de Beleño, cuando un sorpresivo rumor llegó hasta sus oídos alterando los ritmos pausados de su sangre: el acueducto sería entregado en concesión a una entidad de orden departamental, que ya administraba los acueductos de varios municipios, y que traería como consecuencia un aumento en el valor del consumo y la inminente privatización de los demás servicios.

Preocupado por las últimas noticias, Beleño puso en marcha su poder de convocatoria, reunió a los líderes de los barrios y las veredas, y conformó un frente de trabajo que apelaría a una acción popular

en contra de la concesión del acueducto, y vislumbrando posibles alianzas para su candidatura a la Alcaldía en las próximas elecciones. Sin embargo, el acueducto funcionaba con total regularidad.

Una repentina campaña de salubridad, liderada por la inspección de sanidad, pero con recursos de Emdesa, eclipsó los rumores sobre el acueducto, y Beleño pensó que sería su oportunidad de demostrar malos manejos en la empresa. La campaña buscaba contrarrestar una supuesta infestación de roedores, pero que según la opinión popular era innecesaria, porque en cada vivienda se combatían esas plagas con los remedios de siempre. Beleño pensó que el gerente de la empresa solo buscaba sacar provecho propio de la nueva campaña.

Beleño inició sus investigaciones, comprobando que Emdesa ya había acordado la compra de una cantidad desproporcionada de veneno, para ser repartido en el municipio. Tan pronto como recibió los sobres con los gránulos rosados delegó en algunos simpatizantes la captura de unos cuantos ratones para experimentar el veneno. Se armó de pequeñas pinzas y guantes quirúrgicos para obligarlos a tragarlo. Repitió el experimento varias noches, pero al otro día los ratones amanecían más rozagantes, rondando la jaula en busca de comida.

Al culminar la primera fase de su investigación, Beleño decidió viajar a la capital departamental, donde hizo analizar la sustancia distribuida como un veneno mortal para toda clase de roedores, que incluso advertía en la etiqueta que su grado de toxicidad podía ser peligroso para el ser humano. Los resultados de las pruebas fueron contundentes. El especialista explicó con gráficos y nombres extraños la composición química de los pequeños gránulos, cuya traducción inmediata al más cotidiano español resultó ser que no contenían más que harina y azúcar, que no pondría en peligro la vida del más insignificante insecto y que incluso podría servir para endulzar el café.



Beleño regresó al pueblo decidido a desenmascarar el fraude, convocando a los líderes para una manifestación en la plaza principal. La gente acudió a la hora señalada, confirmando su gran poder de convocatoria; ya soñaba con inminentes discursos políticos en ese mismo escenario. Minutos antes de iniciar su intervención Beleño sintió temor, porque no había solicitado un permiso para la manifestación en la plaza pública, pero ninguna autoridad se presentó para impedirla. Ante la mirada incrédula del gentío, expuso el experimento con los ratones y explicó en detalle los resultados de las pruebas de laboratorio. Las diatribas de la muchedumbre inflamaron su orgullo, y en un arrebato de temeridad, recordando las palabras del tipo del laboratorio, declaró que él mismo estaba dispuesto a ingerir el veneno para que no quedaran dudas de su ineficacia.

Un desconocido salió de la multitud, abriéndose paso hasta la tarima con un sobre del veneno. Beleño se lo arrebató con la mano temblorosa y ante el fragor de la muchedumbre tragó los gránulos de forma ceremoniosa. De inmediato empezó el sudor incontenible, los espasmos, y con las manos fuertemente apretadas contra el pecho, Beleño se desplomó ante la mirada incrédula de la multitud que desbordaba la plaza. Trataba de reconocer las figuras borrosas que acudían a socorrerlo y en la ineludible claridad del último instante, comprendió hasta los más sutiles detalles de la infame, ingenua y previsible conspiración que sus opositores habían puesto en marcha para matarlo.





# LA NEGRITA

LIZETH RÁTIVA CUEVAS

Bogotá, D. C.

Tercer lugar

CECILIA LLEGA DE LA ESCUELA CON LOS PIES EMBARRADOS Y las rodillas raspadas debido a las trochas que debe atravesar en la vereda. Pese a esto, sube la montaña contenta, y más en los días lluviosos. Sabe que sobre la mesa encontrará una dulce taza de colada de maíz preparada por su abuelo Segundo. Esta vez, sin embargo, su abuelo no está en la banca de la entrada y sobre la mesa no hay ninguna taza de colada.

La niña suelta la mochila y con un remolino en el estómago lo busca por toda la finca. Don Segundo no está recogiendo leña ni arando la tierra ni ordeñando las vacas. Don Segundo está en la orilla del riachuelo, sentado sobre una roca lavándose la cara.

—¿Abuelito, qué le pasó? —le pregunta Cecilia, al ver que tiene la cabeza embarrada y varios morados en el rostro.

—Nada importante, mi Negrita, cacharros que pasan en el campo. Mañana nos vamos de viaje, hija. Aliste sus cositas —responde don Segundo, levantándose y disimulando los quejidos.

—¿Y eso?? —pregunta Cecilia.

—Mija, la pregunta no es esa, la pregunta es para dónde, pero ya el camino nos lo irá diciendo. Así nacen las mejores aventuras.

—¿Vamos a vivir en una finca tan bonita como esta? —insiste Cecilia.

El abuelo evade la mirada de Cecilia. Las venas del cuello se le tensan y le tiembla la quijada. Pasan unos segundos en silencio hasta que dice con decisión:

—Lleve solo lo importante. No olvide el abrigo grueso que le dejó su mamá. Salimos en la madrugada.

Y se va caminando hacia el corral de las gallinas, mientras que Cecilia se queda sentada debajo del árbol de mango.

«El abuelo cree que todavía soy una niña», piensa. «Si yo ya tengo nueve años».

Ahora, Cecilia se va arrastrando los pies en medio de la hojarasca. Sabe que lo que más le duele al abuelo es abandonar la casa donde creció. Por algo repite tanto: «De mi ranchita nadie me saca. A mí me nacieron los dientes corriendo entre estos platanales y aquí se me van a caer».

Claro que la finca también le trae recuerdos malos a don Segundo, como cuando se llevaron a su hija, la mamá de Cecilia, y nunca la devolvieron. Por esos días él hizo una banca de madera, la clavó en el piso de la entrada y se sentó a esperarla. Cecilia se acuerda un poquito de ella, en especial de su cabello rizado y de los faldones de flores, de los que se agarraba para que no se fuera.

Mientras prepara el equipaje, Cecilia fantasea con ser grande, para así arrancar la casa de la tierra, doblarla con cuidado por cada esquina, meterla en una maleta pequeña y cargarla en la espalda. Y cuando lleguen adonde sea que vayan a ir, decirle al abuelo que

cierre los ojos. Entonces, él obedecerá y se tapará los ojos con sus dedos chuequitos por la artritis. En esas, Cecilia aprovechará para sacar la casa de la maleta y ver cómo retoma su forma rápidamente.

«Abuelo, ya puede mirar». Entonces Cecilia volverá a verle los dientes desportillados que solo muestra cuando sonríe grande.

Y así, pasa la tarde seleccionando lo que va a llevar. Al final solo elige un par de vestidos, un cuaderno y a Abigaíl, su muñeca.

En esas el abuelo la llama. Cecilia corre a la mesa. No lo puede creer. Sancocho, envueltos, postre de papayuela y la colada pendiente. Por un momento Cecilia se preocupa, no recuerda si se trata del cumpleaños del abuelo o de algún día especial, sería terrible si lo olvidara. En medio de la cena Cecilia se atreve a preguntar:

—¿Qué celebramos, abuelo?

El abuelo termina de masticar algunos huesos, deja los restos en el plato y dice:

—Con preguntas no se llena la barriga, hija. —Levanta la loza y agrega—: Termine rápido y damos un paseo antes de que se vaya a dormir.

Cecilia y su abuelo recorren la finca y consienten a los animales, que están especialmente inquietos. Don Segundo baja unas frutas para llevar por el camino, y luego se quedan de pie frente a la casa. Sin quitarle la mirada, le dice a su nieta:

—Hasta mañana, hija, váyase a dormir que la jornada es larga.

Cuando ya se va a dormir, Cecilia escucha al abuelo sacudiendo sus botas afuera del cuarto y afilando el machete. Ya tiene cerrados los ojos, quiere dormirse, pero los párpados le tiemblan. No para de pensar adónde irán y cómo será su nueva casa. La noche transcurre tranquila. Cecilia descansa como nunca y el abuelo trasnocha como siempre.



Ahora, el sonido de la lluvia la despierta. Aún está oscuro. Cecilia se pone el abrigo y va a buscar al abuelo a la banca de esperar.

El abuelo está bien peinado, luce la misma camisa blanca que se puso en la primera comunión de Cecilia. Tiene la maleta lista y un guacal con un par de gallinas. Sin cruzar palabra salen de casa montaña abajo y justo en la bifurcación del camino se encuentran con la vecina Rosalba. Ella también tiene muchas maletas y, además, va con sus tres hijos.

—Creí que se había arrepentido, don Eurípides —susurra la señora Rosalba.

—No, señora. Vea, aquí van estas cositas para el camino, es lo único que puedo darle, aparte de mi agradecimiento infinito. Por favor cuídemela mucho. —Se voltea—. Cecilita, que le vaya bien, mi Negrita —agrega el abuelo, y le entrega la maleta y el guacal a doña Rosalba.

Cecilia lo abraza sin entender. Él la mira y otra vez le tiembla la quijada. La niña no lo quiere soltar, pero la señora Rosalba agarra las maletas y le dice:

—Camine, Cecilita, antes de que el diablo lo sepa.

Y ahí se queda el abuelo, perdido entre los árboles, acompañado por su tierra, sus animales y su machete, mientras Cecilia emprende su camino a la gran ciudad.



# A TRAVÉS

LESLY DAYANA GONZÁLEZ FAJARDO

Bogotá, D. C.

Primera mención

ME PINCHO EL DEDO PULGAR CON LA AGUJA. NO ES ACCIDENTAL, quiero sentir el pinchazo. Juego con la aguja sobre la yema presionándola un poco hasta el fondo y moviéndola de un lado a otro. Pica. Quito la aguja y emerge un globo de sangre. Es una pequeña esfera roja muy brillante. Veo el reflejo de mi rostro distorsionado y enrojecido en la pequeña esfera. Muevo un poco el dedo y el globo se tambalea, pero no se cae. Lo soplo y un diminuto círculo concéntrico se abre en la mitad de la esfera, sigue sin caerse. Lo toco con la punta de la aguja intentando que se explote, y no lo hace. Tomo un trapo y limpio mi dedo. El globo se esparce sigilosamente por la tela y queda unido a las fibras del trapo. Miro la yema del dedo y observo un minúsculo agujero negro de menos de un milímetro de diámetro. Me pica. Me rasco.

Siento que el pequeño agujero empieza a succionar la piel de alrededor, me escoce mucho y me vuelvo a rascar con fuerza. Intento meter las uñas en el hueco para que me deje de picar, pero es inútil. Presiono mi pulgar con el índice y siento una increíble fuerza de succión en la yema del índice. Los separo con gran dificultad y veo

cómo el agujero se ensancha, ahora tiene un diámetro de casi un centímetro. El agujero sigue chupando la piel del pulgar hasta que lo absorbe por completo. Me pica con mayor intensidad. El orificio sigue su recorrido, a través de cada uno de los dedos, sube y baja desapareciéndolos y, al final, se desvanece mi mano. Observo mi muñón con el orificio negro succionando con fuerza. Aún me pica la mano. No logro entender que mi mano ya no exista.

Como una sombra voraz, el agujero asciende por el antebrazo, el codo, y se posa en mi hombro. Todo mi brazo izquierdo está ausente. El agujero es ahora de diez centímetros de diámetro. Con rapidez, tapo el hombro con mi mano derecha. No quiero que me siga succionando, el vacío hiere. Sin embargo, también atrapa mi mano derecha que entra por el hombro, con el antebrazo y el codo. El dolor es insoportable. La presión de la succión fractura todos los huesos de mi tórax. Mis costillas quebradas entran una a una. Ahora soy un ridículo agujero con una cabeza y dos piernas. El agujero ha crecido y su fuerza también, aunque las piernas entran con dificultad. Primero, les aspira la piel, la carne y la grasa, luego los músculos se desenvuelven como si fueran un tejido, dejando el hueso completamente limpio. Los huesos se ven como una porcelana china: alabastrina y brillante. Pero la visión dura muy poco porque estos también se empiezan a romper. Se zafan de sus articulaciones y se astillan en mil pedazos antes de entrar al orificio.

Solo queda mi cabeza, mi cuello y el hueco. El maldito hueco. Volteo mi rostro y lucho para evitar entrar ahí. Mi mente está aún despierta y se aferra a quedarse. Un sonido estridente y agudo se desborda por el agujero. De reojo, logro ver chispas de luces que brotan de allí. La curiosidad me obliga a voltear. Mis ojos son escépticos ante la naturaleza del grandioso espectáculo que veo.

Me dejo llevar.



# NIEBLA

JAMES VAVASOUR CARTER

Montería, Córdoba

Segunda mención



LOS FAROS DEL CAMIÓN PENETRAN LA NIEBLA HELADA DEL amanecer y levanto mi brazo para alertar al conductor de mi presencia en la orilla del camino. El vehículo es viejo y llevo ya cinco minutos escuchando su motor rugiente lidiar con las curvas y cuestas de la montaña. Cuando subo a la parte de atrás, encuentro la carpa casi llena, una docena de caras calladas vigilándome en el brillo rojo de las luces de freno. Estoy contento de estar aquí, entre trabajadores, gozando del peso de la responsabilidad sobre mis hombros, de la sensación gratificante de ser proveedor, de ser varón.

Mi esposa se levantó a las cuatro para prepararme un desayuno de huevos cocidos, pan de queso, chorizo, frijoles y café con leche. No es que yo normalmente desayune tanto. No hay plata para semejante banquete en un día típico. Arroz, plátano cocido y un pocillo de tinto es lo más usual. No me estoy quejando, ¿oyó? Dios y la tierra proveen. Alrededor de la casita crecen tomates, plátanos, limones, hierbas y maíz; lo suficiente para vender a los camioneros y viajeros que se detienen al divisar la frescura de nuestros productos desde el timón de sus vehículos, y para alimentarnos con lo que

quede: lo rucho, lo magullado, lo agusanado, guisado junto con la carne o huevos de las gallinas y codornices que merodean entre las matas. Pero hoy es un día especial. Tengo trabajo. Tendré dinero.

Encuentro un pequeño espacio al fondo de la carpa del camión y me siento en el piso. El acero es frío contra mis nalgas y una brisa helada entra por una rasgadura en la lona. Reconozco a dos o tres de los pasajeros, habitantes también de la montaña, raspando una existencia desde sus costados empinados.

—Buen día, vecino —le digo jocosamente al más cercano, sabiendo que su casa queda a mínimo cinco kilómetros de la mía. No me responde. Solo inclina la cabeza un poquito en un gesto de saludo—. ¿Para la mina, pues? —le sigo hablando, la energía del gran desayuno y de la cafeína fluyen por mi cuerpo.

Lentamente el hombre levanta la cabeza y me mira entre la penumbra.

—¿Mina? A mí me dijeron que granja.

El camión sigue subiendo, sus frenos chillan en cada curva cerrada, mientras afuera la temperatura baja y la niebla se espesa. La esposa de este señor sirvió de partera en el nacimiento de mi hija, llegó a mi casa sentada en la barra de mi antigua bicicleta, con los pedales pesados por debajo de mis pies, forcejeando contra la pendiente de la carretera y el peso sustancial de la señora. Colocamos a mi esposa sobre la mesa de la casa, la misma que nos sirve para preparar comida, para comer, para trabajar y, entonces, para acoger una nueva vida. Y allí, entre el crúor placentario apareció aquella criatura minúscula y pura, soltada a un mundo enorme y cruel. Juré cuidarla. ¿Qué más podría hacer? Es parte de mí. Encarna la esperanza de algo mejor; un porvenir compuesto de más que la simple supervivencia.

Raro que a mí me hayan dicho que el trabajo es de minería y a él que es de finca. Llegaron hace dos días en una camioneta de lujo; hombres bien vestidos, serios, con acentos cachacos.

—Somos inversionistas. Estamos abriendo una mina aquí en el cerro y necesitamos trabajadores. Cincuenta mil el día al inicio y más si damos con una veta. Cincuenta mil el día, garantizados; es una fortuna. Ojo, que los turnos son de seis de la mañana hasta las seis de la noche, igual que el sol. Y te quedas un mes mínimo antes de tener un permiso para volver a casa por unos días.

—No entiendo. Si vivimos aquí cerca.

—La verdad es que la mina no está del todo legal. Por ahora, ¿entiendes? Estamos aún esperando que nos den licencia. Por eso tenemos que mantenernos en campamento allí arriba, sin llamar la atención con un va y viene.

—Entiendo, pero no va a haber problemas, ¿cierto?

—No, no. Tranquilo. Eso está todo en proceso y pronto se arregla. Es solo que con la espera estamos perdiendo platica, ¿ves?

Y yo veo. Por cincuenta mil el día, por poder proveer, por tener un futuro, yo veo. Vería lo que fuera.

Se para el camión y se apaga el motor. Por un minuto reina un silencio absoluto, seguido por el abrir y cerrar de las puertas de la cabina. Aparece una cara por la abertura de la carpa, por la luz del día que comienza a filtrarse con la niebla reconozco la de uno de los cachacos.

—¡Bájense!

La voz es la misma pero ya desvestida del tono amable de hace dos días. ¿Desde aquí caminamos? ¿Qué clase de mina carece de vía de acceso? ¿Qué clase de finca? A pesar del frío intenso del alba, una gota de sudor se forma en mi columna. Me levanto con los otros hombres y con prisa nos bajamos del camión. Un bosque de pinos bordea la carretera y nuestros conductores señalan que los sigamos por un sendero angosto que se extiende entre los árboles. La



oscuridad enseguida nos envuelve, las ramas negras enganchan nuestra ropa y se estiran para rasgarnos las caras. El olor ácido a pino llena nuestros pulmones como si los árboles nos estuvieran digiriendo. ¿Qué mina? ¿Qué finca? Las caras de mi esposa y de mi pequeña hija aparecen entre los troncos esqueléticos, llamándome a casa, regañándome por haber caído en el pecado de albergar la esperanza siendo campesino colombiano. Llegamos a un claro en el bosque. Figuras oscuras se mueven en su borde. A un lado, una pila de botas de goma y uniformes militares se hace visible por unos instantes, hasta que la niebla la vuelve a esconder.



# OBSOLESCENCIA PROGRAMADA

GERARDO GUACANEME VALBUENA

Bogotá, D. C.

Tercera mención

AL TERMINAR EL BAILE ELECTROMECAÁNICO LA HOJA REPOSA sobre la bandeja, el blanco polar se tiñe con los símbolos de la caligrafía occidental, palabras en monótonas filas capaces de abrir la puerta a mundos perceptibles solo cuando un juicioso lector logra darles vida. El escritor toma la impresión con cuidado, de los pasos que conforman su arte este se le antoja uno de los más importantes: por primera vez su texto ha tocado el papel y se aferra a él dibujado en aquel antiguo alfabeto. Lee despacio cada palabra, combina los significados individuales hasta alcanzar el sentido de toda la oración, revisa los signos de puntuación, le fastidian los comentarios petulantes de los correctores de estilo, por lo que trata de minimizar los roces con los críticos más fríos de su arte, inmersos en la búsqueda de un orden en la escritura que se ciña a las normas vigentes.

Encuentra todo en orden, los llamados al lector para sumergirse en el mundo de su narración suceden con la intención calculada, un

flujo que de repente se torna turbulento, en concordancia con el río donde los amantes personajes se encuentran. Una coma en mitad de una oración cambia el sentido de la historia, el escritor frunce el ceño, extrañado con la anomalía, y se dirige al computador para corregir el gazapo. Repasa el documento y tras un par de clics alcanza la frase malograda; con sorpresa descubre que allí no está la coma. Trata de hallar una respuesta sensata al evento, quizá la quitó poco antes de imprimir, pero no recuerda haberse fijado en ese detalle, piensa en una mancha causada por un defecto en la impresión que llevó al inyector de tinta a dibujar esa coma maliciosa en mitad del renglón, acerca a sus ojos el papel tanto como le es posible esperando encontrar las imperfecciones propias de un borrón, sin embargo, el símbolo ortográfico es tan simétrico como cualquier otro.

—Qué extraño esto —sentencia tras su examen, quebrando el silencio presente desde el fin de la labor mecánica de la impresora; el aparato no tiene nada de particular, una marca común de un modelo corriente. Intenta otra impresión, de nuevo aparece la coma intrusa alterando el texto. Prueba imprimiendo el archivo en otra máquina, esta vez el escrito se reproduce con fidelidad. ¡Bingo!, ha identificado la causa del problema, zanja así el asunto para dedicarse a otras tareas.

Su relato pasa de la oficina de corrección de estilo a la editorial, días después, llega de vuelta a su buzón con las debidas anotaciones, muy pocas, para su satisfacción. El editor ha vuelto a poner la coma en el lugar donde la impresora la había sugerido, destacando el impacto que causa ese cambio en toda la historia. Sorprendido, decide hacer un experimento: toma uno de sus trabajos próximos a salir y lo imprime sin terminar. Como esperaba, la máquina cambia unas cuantas comas de lugar, nada relevante, concluye, por lo que las corrige de inmediato en su documento.

Días después llegan los comentarios sobre su último ensayo, lo felicitan por su gran recursividad literaria y sus notas de pie de

página diestramente insertadas, le parece una atención exagerada por lo que revisa de nuevo lo enviado, descubre que la máquina de impresión no solo cambió comas sino que modificó varias oraciones, intercambió textos y puso doctas referencias desconocidas por él, deduce que alguien más adulteró su escrito, llama furioso a la editorial, allí le aseguran que ese es el texto original recibido y le piden que lo tome con calma, se han convencido que su talento pronto lo hará despuntar como candidato para algún reconocimiento importante. Al verificar el archivo digital lo encuentra tal como fue escrito, pero al imprimirlo otra vez, ¡eureka!, las modificaciones aparecen de nuevo. Contrata a un técnico para que verifique todas las conexiones y características de su equipo de computación, aquel no encuentra nada anormal, sin embargo, el escritor se niega en redondo a que desarme su impresora.

Escribe otro artículo, esta vez deja el trabajo a la mitad y lo imprime, ingresa los cambios «sugeridos» por la máquina y lo vuelve a imprimir, repite el proceso cuatro veces. Como consecuencia, los elogios no se hacen esperar:

«¡Te has superado!, ¡cuán rápido estás escalando en este gremio, amigo!, ¡ganarás el premio nacional a este paso!».

—¿Y si aplico la corrección diez veces sucesivas?

No duda, lo que empieza como una disertación floja y aburrida de cinco líneas termina en una novela de unas doscientas páginas. Ya no extraña sus tontos rituales, tiene a la gallina de los huevos de oro y no desaprovechará la oportunidad de hacerse un lugar en el pedestal de la literatura. La crítica lo ama, le perdona que en los eventos evada las preguntas, pues no recuerda los pasajes de sus libros; viaja asiduamente, tanto más por celebraciones literarias, las cuentas bancarias se llenan, cambia de casa, de carro, de mujer, varias veces, y aunque escribe poco imprime mucho en la misma impresora vieja.



Tal como auguraran sus editores le otorgan el premio nacional, poco después se anuncia un nuevo y estrafalario concurso internacional, de ganarlo, seguro se pondrá a la cabeza de los candidatos al Nobel.

Sus lectores, críticos y editores están muy tensos, el más inquieto es él mismo, hace meses se dedica a recibir adulaciones, todo su trabajo mental se reduce a contar malos chistes en cuanto cóctel lo invitan. Solo tiene que escribir una cosa, una mala cosa, una semilla con la cual cebar la originalidad de su impresora. Como en otras ocasiones, manda imprimir un texto de poco más de media página y pésima redacción, era el inicio. Sin embargo, algo distinto sucede, al caer el papel blanco polar en la bandeja no aparece su texto mejorado, ni siquiera su propio párrafo, sino el mensaje: «Se ha superado el límite de impresiones programadas,».

Cerrando el texto no hay un punto, sino una coma.





# REFLEXIONES PEDAGÓGICAS EN TIEMPOS DE PANDEMIA

WILSON RENET ARTUNDUAGA ROJAS

Aipe, Huila

Primer lugar

ES INDISCUTIBLE QUE LA HUMANIDAD ESTÁ EXPERIMENTANDO cambios profundos en todos sus aspectos producto de la pandemia, y la educación no es la excepción. Urge analizarla y replantearla, para hacer frente a las transformaciones o exigencias que demanda el nuevo orden.

El eje central del sistema educativo colombiano es la presentación de una prueba escrita, después de once años de acondicionamiento del educando. Sobre ese parámetro ha sido erigida por más de cuatro décadas. Es una prueba excluyente, pues no tiene en cuenta la oralidad ni las artes. Cercena la imaginación y la creatividad,

habilidades esenciales para sobrevivir ante el aplastante avance de la inteligencia artificial. Estandarizada, desconoce la singularidad y particularidades del contexto en el que se desarrollan los individuos e imposibilita el crecimiento del pensamiento crítico. Al respecto, William Ospina, en su texto «Nuestra extraña época», expresa: «la inteligencia es estorbosa a la hora de lograr la unanimidad, es mucho mejor la disciplina y la sumisión»<sup>1</sup>.

A nivel curricular, áreas como la ética, trascendental para el desarrollo o la creación de una sociedad incluyente, equitativa e igualitaria, es degradada, al punto de ser la de menos intensidad horaria, abordada de manera inerte y utilizada simplemente para completar la asignación académica del profesor. Tal como lo expresa la filósofa Adela Cortina, «la ética es una necesidad social vital. Ninguna sociedad puede funcionar si sus miembros no mantienen una actitud ética»<sup>2</sup>, pero infortunadamente, en nuestro contexto, es vista como un elemento nocivo o perjudicial para un sistema democrático que se erige sobre los pilares de la corrupción.

Cuando le preguntaron a Thomas Alva Edison por qué había cometido tantos errores antes de crear la bombilla eléctrica, replicó: «no fueron errores, fueron pasos». Para Beth Davies, exdirectora de Aprendizaje y Desarrollo de Tesla, estar dispuesto a cometer errores, aprender rápidamente de ellos, ser resistente y recuperarse es fundamental para llegar a Silicon Valley. Lastimosamente, en el proceso de enseñanza-aprendizaje, el error tiene una connotación diferente, es penalizado. Miles de ideas brillantes e innovadoras han sido mutiladas desde este criterio, pues prevalece o prima el temor a equivocarse. Peor aún, se ignora el impacto negativo que

---

1 William Ospina, «Nuestra extraña época», *El Espectador*, 19 de julio de 2018, <http://t.ly/v2VR>.

2 Citado en José María Rumbo Prieto y Luis Arantón Areosa, «¿Para qué sirve realmente? La ética, de Adela Cortina Orts», *Ética de los cuidados*, enero de 2014, <http://t.ly/XeaP>.

se genera en el educando a nivel cognitivo, psicológico y emocional, producto de la malinterpretación de este concepto.

Las instituciones educativas del país son medidas según los resultados obtenidos en la prueba escrita denominada Saber. Este lineamiento emanado por el Ministerio de Educación Nacional se ha convertido en una obsesión. Se priorizan contenidos y se opacan enseñanzas vitales o trascendentales para la vida, como el significado de la palabra *belleza*. En la actualidad existe la tendencia macabra de observar la belleza en lo artificial y no en lo natural. Nos obnubila el color, la forma, el tamaño, la marca y la capacidad de almacenamiento de un dispositivo. Nos seduce y nos obsesiona hasta el punto de su adquisición, sin importar su costo. Pero la belleza de un árbol, sus flores, su forma, su tamaño, su textura, el movimiento de sus hojas al caer y su capacidad de generar vida nos causan profunda indiferencia e insensibilidad. Esta degradación del concepto nos está llevando paulatinamente a una desconexión sin precedentes con el mundo natural.

El avance tecnológico ha hecho imprescindible el uso de dispositivos electrónicos. La escuela los ha adoptado como herramienta fundamental en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Sin embargo, ha sido más importante la tendencia, que el análisis de los efectos colaterales a nivel cognitivo y emocional que su uso puede llegar a generar en el individuo y en sus relaciones interpersonales. En 2015 el periódico *The Guardian* publicó un artículo titulado «Tablets Out, Imagination In: The School that Shun Technology» (Afuera tabletas, adentro la imaginación: La escuela que evita la tecnología), en el cual se comenta que los hijos de los trabajadores de Silicon Valley van a una escuela donde no usan computadores y donde, a nivel pedagógico, se hace énfasis en la imaginación y el contacto humano. Estamos ante la desaparición del abrazo, la caricia, el beso, el gesto, el contacto visual y corporal; agudizado aún más por la pandemia, pues si antes se sumergía en el olvido, ahora

se prohíbe. El filósofo coreano Byung-Chul Han, manifiesta que la digitalización descorporiza el mundo, y la pandemia profundiza la pérdida de la experiencia corporal comunitaria. Por lo tanto, la escuela debe desempeñar un papel significativo y evitar el colapso o disolución de la esencia del hombre.

Se envilece la vida y la naturaleza. Y ante la eminente desaparición de la especie humana a raíz del cambio climático, es ineludible desligarse de contenidos petrificados en el tiempo y desarrollar la sensibilidad, especialmente en los niños para conectarlos con su entorno natural; inundar las clases con sus sonidos y aromas. Venerar los bosques y sus misterios. Enseñar a extraer la esencia de las rocas, tal como lo hizo Jean Baptiste Grenouille. Valorar y ser conscientes de procesos naturales, como la respiración, tan enaltecida en tiempos de coronavirus. Avivar las llamas internas de la poesía para sentir la majestuosidad de la vida plasmada en el haiku «El estanque y la rana», del poeta japonés Matsuo Basho. O para develar la belleza de las emociones o naturaleza interna del hombre como lo hizo el poeta Porfirio Barba Jacob en su poema «Canción de la vida profunda».

Se debe revocar o modificar el principio fundamental del sistema educativo del país. La prueba Saber es el pasaporte para ingresar a la universidad, ser profesional, entrar al mundo laboral y ser exitoso. Socialmente el éxito se mide en términos de consumo, y el consumo es la esencia del neoliberalismo, y para satisfacer la demanda se exprime con sevicia e indiferencia las entrañas de la Tierra. Se privilegia el consumo sobre la vida, tal como se hizo evidente en la actitud de las personas frente al llamado de la política económica del Estado, denominada el «día sin iva». La pandemia se ha encargado de desmitificar el concepto de éxito. Por consiguiente, es nuestro deber enseñar a vivir en armonía con mi congénere y con la naturaleza, enseñar a vivir la vida y no para el mercado.



ENSAYO

# NOTAS KAFKIANAS SOBRE LA PANDEMIA

HERNANDO CASTELLANOS SILVA

Floridablanca, Santander

Segundo lugar



EN JUNIO DE 1920 MAX BROD SE CONVIRTIÓ EN UN TRAJIDOR Y en un héroe. Ese año, mientras Kafka estaba internado en un sanatorio de Praga, Brod fue a su estudio y recuperó algunos manuscritos que el propio Kafka, acaso con demasiada vanidad, deseaba incendiar. No quería que después de su muerte se publicaran los borradores, cartas y diarios que había allí, pero Brod faltó a su palabra. Sin ese gesto traicionero y heroico tal vez nadie hubiera conocido *El proceso*. Hoy, un siglo después del rescate de Brod, esta novela reaparece como una alegoría de la sociedad paranoica y autoritaria que vivimos a causa del coronavirus. Hay una tensión simbólica

entre el mundo enigmático de Joseph K. y la sociedad pandémica que me interesa descifrar en estas notas. Quizá con esa reflexión podamos comprender mejor el vértigo social que atravesamos en esta emergencia sanitaria.

## EL ENIGMA

Lo primero que me interesa señalar es la función del secreto, de lo oculto. En *El proceso*, Joseph K. no sabe quién es y tampoco sabe qué es el Estado ni la ley que lo juzgan. Podríamos imaginarlo como un hombre que busca incesantemente algo que no ha perdido, un detective que rastrea las señales de un crimen imaginario. Kafka utiliza ese enigma para dar a entender, entre otras cosas, que el sujeto moderno está privado de la verdad y que solo puede acceder a ella por medio de un proceso agotador e interminable. Pero el Estado, que es el único que posee esa verdad, utiliza la ignorancia de K. para ejercer su control violento y desmesurado. En ese sentido, K. es un pez ciego que nada en el vacío, y el Estado, el océano que lo hala hacia el fondo.

La sociedad pandémica se mueve con una lógica parecida. En medio de la zozobra que produce un virus fatal y desconocido, el Estado figura como el único poseedor de la verdad. Los sujetos son obligados a creer esa ficción política como si fuera un credo religioso, una promesa divina. Pero esa verdad es difusa y llega a medias, como las imágenes de un sueño. Al igual que en *El proceso*, el Estado solo difunde lo que le conviene. Con esa censura impone sutilmente nuevos sistemas de vigilancia que pasan desapercibidos bajo el caos y la incertidumbre que generan la pandemia<sup>1</sup>. Detrás de ese miedo colectivo, de ese desasosiego, el Estado extiende sus tentáculos de manera desmesurada y nada lo detiene.

---

<sup>1</sup> Byung-Chul Han, «Viviremos como en un estado de guerra permanente» [entrevista], *Agencia EFE*, 12 de mayo de 2020, <http:t.ly/3mSu>.

## LOS ESPACIOS

Bajo ese régimen, los espacios se convierten en zonas claustrofóbicas y represivas. En Kafka, uno tiene la impresión de que los lugares producen una lenta sensación de asfixia, como si fueran túneles o madrigueras. Los tribunales que visita Joseph K. reflejan esa pesadumbre: están desvencijados, no tienen buena ventilación, permanecen en una penumbra vaga e irreal. Kafka refleja en esa reducción espacial la progresiva deshumanización que produce la sociedad moderna. Por eso sus personajes son descritos como animales apolíticos que viven bajo tierra, ajenos al fragor de la civilización<sup>2</sup>. El afuera —la ciudad— es visto con recelo, como un lugar imposible, como una amenaza.

Si vemos la cuarentena desde esa perspectiva, podríamos concluir que los espacios cerrados no solo deshumanizan y abstraen, sino que permiten que se refuercen ciertos dispositivos de control que buscan someter y reprimir a los sujetos<sup>3</sup>. El lugar íntimo de la casa se convierte en un centro de vigilancia y se ofrece como una «zona segura», en comparación con la calle, que simboliza el contagio y la muerte. Como en *El proceso*, el afuera parece no existir «porque es la libertad»; lo único que «garantiza» la vida es el adentro, pero ese adentro es un panóptico que lo devora todo con su ojo inquisitivo. De esa manera se cumple la fantasía omnisciente y totalitaria del Estado: la intimidad se vuelve pública y nadie puede ocultar nada.

## LA PARANOIA

Esa crisis social genera un estado de alarma permanente que deriva en una actitud paranoica. La realidad aparece bajo la forma de una novela policiaca en la que cualquier símbolo es leído como si

2 Walter Benjamin, *Iluminaciones* (Barcelona: Random House, 2018).

3 Michel Foucault, *Vigilar y castigar* (Ciudad de México: Siglo XXI Editores, 1984).



fuera la manifestación de una amenaza inminente<sup>4</sup>. En *El proceso*, K. funge como «detective» que busca inútilmente la causa de su «crimen». Asiste a los tribunales y a algunas reuniones clandestinas, pero en ellas solo escucha rumores que no llevan a ninguna parte. El caso, como la novela, nunca se cierra, y K. muere ignorando su propia vida.

En la pandemia los sujetos no buscan —como K.—, sino que huyen. En ese estado de paranoia todos son enemigos: el otro es considerado como un posible portador del virus; es decir, de la muerte. Por eso hay que mantener distancia, usar tapabocas, refugiarse en casa. Al igual que en *El proceso*, la desconfianza ante el exterior —Estado, gente, calles— se vuelve un imperativo, y solo sobrevive quien se mantiene alejado del peligro mortal que representa la otredad. En este relato policiaco el sujeto es una víctima que escapa inútilmente del asedio de un asesino que es, al fin y al cabo, todo el mundo.



## EPÍLOGO

Con ese ritmo de vida la sociedad pandémica rebasa los límites de la ficción kafkiana y entra en una etapa de supervivencia, en un canibalismo moderado. Ya no se trata de soportar el poder inmanente del Estado, como en *El proceso*, sino de huir de todos y salvarse. Ese es el modelo que nos ha vendido el capitalismo en medio de la cuarentena: hay que sacrificar la vida social para poder vivir. El egoísmo garantiza la existencia mientras que la sociedad la anula. En esa encrucijada no hay, al parecer, otra salida. Como K., quizá nosotros también estamos destinados a morir solos, abrumados y sedientos de respuestas imposibles.

---

4 Ricardo Piglia, «La ficción paranoica» (ponencia), Universidad de Buenos Aires, 1991.

# EL DÍA QUE PERDÍ A MIS ESTUDIANTES

CARLOS HERNÁN SARAZA NARANJO

Pereira, Risaralda

Tercer lugar

HE SIDO DOCENTE DESDE NIÑO, DESDE AQUELLOS MOMENTOS DE juego en los que me dedicaba a ser el profesor de mis hermanos y ellos, siguiendo los acuerdos, se acomodaban a mi improvisada pedagogía infantil. Fueron horas y horas de distracción que, de alguna manera, perfilaron mi gusto por la docencia y me llevaron, primero, a formarme como bachiller pedagógico, periodo en el cual fui profesor de algunos de mis hermanos menores, entonces sí en serio, como resultado de la práctica docente; y luego, como licenciado en Matemáticas y Física. De nada valieron los consejos de mi padre, quien, seguramente con mayor experiencia, me insinuaba que ser docente era sinónimo de pobreza para toda la vida y que esta era una profesión ingrata.

Nada valió. Pudo más mi deseo por compartir, primero con niños de una escuela anexa, donde se desarrollaba la práctica docente, y

después con jóvenes de colegios y de universidades. Dos cualidades, que aprendí fácilmente de mis maestros como distintivo de quien con pasión se decide por ser docente, han guiado mi trabajo: la paciencia y el gusto por la enseñanza. La primera me ha resultado indispensable, especialmente porque mi campo de trabajo son los números, para los cuales los estudiantes mantienen, casi de forma generalizada, más prevención que afición; la segunda permite que el antes, el durante y el después de la clase sean de gozo, y eso se transmite a los estudiantes, logrando que ellos también quieran compartir los momentos de encuentro.

No desconozco que hay muchas otras cualidades que debe tener un docente, que van desde el dominio de los temas a compartir hasta la capacidad para entender el comportamiento humano, lo que obliga a tener claro que cada estudiante es un mundo, que tiene familia, dificultades, expectativas, intereses, aversiones, que sufre incomodidades, que tiene sueños, en fin, que hay un entramado difícil de comprender y difícil de complacer. Pero quiero centrarme en algunas ideas que me parecen coherentes para este escrito:



Un buen maestro [...] tiene un concepto positivo de sí mismo y de su trabajo; esto es que cree en sí mismo como persona y como maestro, que está seguro de que con su quehacer está promoviendo y fortaleciendo el desarrollo físico, intelectual, afectivo, social y moral de sus alumnos. [...] un buen docente siempre está evolucionando, siempre está aprendiendo. Cuando un docente no está ya dispuesto a aprender, está acabado, como maestro y como persona. [...] Los buenos maestros son humanos, amigables y comprensivos; saben construir un ambiente agradable y estimulante en el salón y en la escuela.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Juan Manuel Gutiérrez Vázquez, «¿Cómo reconocemos a un buen maestro?», *Revista Mexicana de Investigación Educativa* 13, n.º 39 (2008): 1299-1303, <http://t.ly/TwJL>.

Entro a clase con alegría, quiero ver a mis estudiantes, quiero ser testigo de su llegada —alegre, triste, dubitativa, parsimoniosa, rauda—, de la manera como se vistió para la ocasión, de su trato con los compañeros, de cómo me saluda al llegar y al salir. Me agrada verlos en clase, sus rostros los delatan y me permiten saber si están cómodos o si, por el contrario, están siendo víctimas de un martirio del cual yo soy responsable como protagonista de primer orden. Cuando fruncen el ceño me están enviando un mensaje: «¡sos, profe!, estoy perdido».

No puedo afirmar que soy un buen docente, pero ¡cómo disfruto los momentos de clase, de qué manera los vivo!, se constituyen en espacios de pleno regocijo.

Por todo esto lamento el día que perdí a mis estudiantes, el día que un absurdo virus me dijo: «No los verás por un tiempo, tendrás que acostumbrarte a tenerlos en una pantalla, sin sentirlos, sin tener contacto con sus emociones, sin tener derecho a contagiarte de su juventud, de sus ganas de vivir, de su alegría». Sí, yo sé que están allí, pero no los veo reír, no escucho sus susurros de clase, no puedo verlos llegar tarde, no puedo apreciar sus vestidos.

Ese día perdí la esencia de mi profesión: el gusto por verlos. Ese día cercenaron mis mejores momentos, es cierto que hago mi mejor esfuerzo desde la virtualidad, pero no los encuentro; los escucho a raticos, pero no logro sentirlos y eso me angustia, me deja un sinsabor que aún no logro superar.

Ignoro cuánto tiempo más tendré que esperar, mientras tanto mis días transcurren en medio de preparar las clases desde otras estrategias, de imaginar cómo puedo seguir contribuyendo a su formación profesional y personal, cómo puedo transmitirles mensajes de vida, porque, ¿qué es el docente si no un modelo, un ejemplo del que los estudiantes copian y apropian lo que consideran importante para sus vidas? Tal vez no lo pensamos mucho, pero el



estudiante sigue a sus docentes como sigue una publicación en las redes, y tiene sus preferencias. Es cierto que no se atreve a decir «me gusta», como lo escribe en su celular o en su computador, pero en su alma hay un sentimiento de querer ser y hacer lo que es y lo que hace tal o cual docente.

Amo las palabras porque vuelan sin límite, porque llevan los mensajes sin ataduras, porque no necesitan cuerpo para apasionar, porque dichas o escritas tienen capacidad de conmover. En consecuencia, ahora busco esas palabras que me ayuden a mostrarles a los estudiantes cuánto me interesan, cómo los extraño, qué mensajes quiero dejarles, cuánto los necesito para tener una razón más de vida. Esas palabras que reemplacen mis movimientos en el aula, mis sentimientos, mis deseos por transformar sus personalidades, en fin, palabras que, dichas con precisión, mantengan viva una relación que nunca podrá ser igual desde la virtualidad.

Con esas palabras estoy enviando a mis estudiantes un mensaje que dice: «Sigamos haciendo bien nuestra labor, yo tratando de mostrarles las rutas y ustedes esforzándose por apropiarse de mis enseñanzas. Mañana, cuando nos encontremos, espero volver a sentir que estoy realmente vivo. Quiero que sepan que los estimo, los valoro, los respeto, los aprecio y los extraño».



# LA EDUCACIÓN LAICA DEBERÍA SER UNA REALIDAD

JOSÉ ESTEBAN LANDÍNEZ LANDÍNEZ

Bucaramanga, Santander

Primera mención

ES VERDAD QUE CADA PERSONA TIENE DERECHO A CREER EN LO que quiera, pero también es cierto que cualquiera tiene el derecho de cuestionar y controvertir las creencias de los demás. De eso se trata la libertad de expresión. Estamos obligados a respetar el derecho a creer, pero no tenemos la obligación de respetar las creencias en sí mismas. Nadie está obligado a respetar una creencia que le resulta absurda o errada. Cada uno puede expresar su creencia, pero no debe esperar que los demás tengan un buen concepto de ella. Los que creen en la reencarnación pueden decirlo abiertamente, defender su creencia, pero no esperar que esta les resulte respetable a los demás, porque no hay manera de demostrar de manera

racional que lo que para ellos es una realidad, en verdad lo sea. La situación se vuelve problemática cuando quienes comparten una creencia se sienten fortalecidos porque son mayoría, al punto de querer imponerla a todos, sin distinción de clase o condición social. Amparados en falacias argumentativas y discursos de manipulación, se creen con el derecho de imponer sus ideas como verdades absolutas, aunque para otros no pasen de ser simples supersticiones.

La separación entre Iglesia y Estado ha sido tema de debate político en Colombia desde 1830, cuando se crearon los partidos tradicionales. Hoy, casi un siglo después, sigue siendo un tema sin solución real. En apariencia, este problema se resolvió con la Constitución Política de 1991, que proclamó la República de Colombia como un Estado laico, en el que existe libertad de cultos. En la realidad, este sigue imponiendo una visión confesional de la educación, porque para quienes no son creyentes, resulta una arbitrariedad que en las instituciones educativas oficiales se les imparta una formación religiosa a niños que todavía no están en capacidad de cuestionar dichos preceptos religiosos; que se les haga participar de ritos religiosos que ellos ni siquiera entienden; que se les haga rezar; que en las aulas de clase se cuelguen imágenes de tipo religioso; que se les pida dinero para comprar este tipo de imágenes. Todo esto propicia el adoctrinamiento y va en contravía de la educación supuestamente científica que se imparte en los colegios.

Una creencia no es real por el hecho de que la mayoría la comparta. Este es un precepto de la lógica argumentativa, y nunca todas las personas van a tener las mismas creencias. Por lo tanto, siempre se debe tener en cuenta la opinión de las minorías y proteger sus derechos. De manera que, para no incurrir en sesgos de tipo ideológico, lo más recomendable es que las autoridades gubernamentales no intervengan en las creencias personales de los ciudadanos, ni para prohibirlas ni para favorecerlas. Las creencias religiosas deben ser consideradas como un asunto privado. Cada uno es libre de vivir



y practicar su religiosidad como bien le parezca. Ese es el derecho que hay que defender. Todos tienen derecho a ser religiosos o a no serlo. Pero la vivencia de la religiosidad se debe practicar dentro de un ámbito privado, no público. Los entes gubernamentales no deben favorecer ningún culto en particular, porque al hacerlo están actuando de manera sesgada.

Los miembros de un culto pueden ejercer su derecho, pero sin obligar a otros a que participen de sus celebraciones. En el artículo 6 del Decreto 4500 de 2006 se indica que «Ningún docente estatal podrá usar su cátedra, de manera sistemática u ocasional, para hacer proselitismo religioso o para impartir una educación religiosa en beneficio de un credo específico». Este postulado se viola en muchas instituciones educativas estatales, puesto que en ellas solo se imparte educación religiosa basada en la doctrina católica y se celebran ritos católicos, dejando de lado los ritos que forman parte de otras comunidades religiosas. Un ejemplo de ello es que el primer viernes de cada mes se lleva a los estudiantes a misa. Esta situación ocurre principalmente en los pueblos rurales, donde la Iglesia católica ejerce una influencia determinante en casi todos los ámbitos.

Estar en contra de la fe religiosa no significa violentar el derecho a practicarla. Cuestionar los cultos religiosos es una opción válida. Los ciudadanos tienen derecho a mostrar su desacuerdo frente a prácticas institucionales que consideran perjudiciales y lesivas de los derechos de un grupo social en particular. La educación religiosa debe ser impartida en la casa, en el hogar; no en los colegios. Los padres pueden decidir las enseñanzas religiosas o espirituales para sus hijos; los establecimientos educativos públicos, no. Hacerlo constituye un ejemplo de adoctrinamiento institucional ejercido de manera soterrada por el Estado.



Si los Gobiernos de estas latitudes de verdad quieren que sus ciudadanos tengan un pensamiento crítico, deben enfocar sus sistemas educativos en una enseñanza realmente científica, que promueva el cuestionamiento de las creencias tradicionales que se fundamentan en supersticiones anacrónicas. La libertad de cultos fue un avance grandioso de la Constitución de 1991, pero se quedó corta, porque no solo a los ciudadanos se les debe garantizar la libertad para practicar el culto religioso que deseen; a los niños también se les debe proteger del adoctrinamiento, pues ellos todavía no tienen el suficiente juicio crítico para escoger de manera libre de qué manera quieren vivir su espiritualidad. Y es precisamente ese juicio el que se debe cultivar en ellos.

# ALTERIDAD FRENTE A LAS DIFICULTADES ÉTICAS EN EL MARCO DE LA PANDEMIA

CRISTIAN DARLEY GUERRERO RAMÍREZ

Tunja, Boyacá

Segunda mención



LA PANDEMIA NO SOLO HA CUBIERTO PARTE DEL ROSTRO DE las personas, sino que también ha cubierto parte de su humanidad. Esta crisis ha generado acciones que desacreditan la calidad humana de la sociedad actual. En efecto, se han presentado acciones de violencia y discriminación por quienes padecen la enfermedad y por quienes la enfrentan, corrupción en las ayudas que se ofrecen,

usura en la venta de productos y egoísmo en el abastecimiento personal, entre otras. Las personas no reconocen a sus semejantes y el distanciamiento físico acrecienta el distanciamiento humano. La ausencia de alteridad y empatía se incrementan como un virus social para el cual se requiere una cura.

Frente a esta realidad surgen los interrogantes: ¿Cómo ser más cercano al otro en medio del distanciamiento?, ¿cómo reconocer el rostro sufriente de los demás oculto tras el tapabocas? y ¿cómo generar actitudes de alteridad durante esta pandemia?

Para dar respuesta a estos interrogantes se presenta la propuesta de Lévinas sobre los estados de la soledad, el sufrimiento y la muerte. Este filósofo expone que «solo un ser que haya alcanzado la exasperación de su soledad mediante el sufrimiento y la relación con la muerte puede situarse en el terreno en el que se hace posible la relación con otro»<sup>1</sup>. Esta es una tarea que se realiza por medio de la práctica de la empatía, en la cual el otro es un otro-yo, un alter ego<sup>2</sup>. Aquí, al reconocer a los demás como un otro-yo es posible desvelar su rostro, identificándolo con la imagen propia.

De esta manera surge como primer estadio la soledad. Esta es una realidad más cercana para todos en la actualidad, ya que el confinamiento y el distanciamiento han conducido a que cada persona experimente esta condición, en la cual cada uno se reconoce como sujeto dotado de individualidad, pero perteneciente a un colectivo. Se identifica en soledad, aunque rodeado de muchos. Esta actitud se supera en el reconocimiento del otro, al alejar el egoísmo individualista para centrarse en una vida social que identifica a cada miembro como un sujeto con importancia y valor. Es decir, al vivir una experiencia de soledad se es capaz de reconocer esta vivencia

1 Emmanuel Lévinas, *El tiempo y el otro* (Barcelona: Ediciones Paidós, 1993), 117.

2 *Ibid.*, 122.



en otros por medio del ejercicio de la empatía: las demás personas también han sufrido la soledad, yo sé qué es vivir esta realidad, yo identifico en el otro algo que he sufrido, yo empiezo a reconocer en los demás un otro-yo.

En segundo lugar aparece el sufrimiento. En este «se produce la ausencia de todo refugio»<sup>3</sup>. Dicha ausencia conlleva a la necesidad por el otro, al sentimiento de dependencia y al reconocimiento de alguien más, diferente de mí, de quien necesito ayuda de alguna forma y medida. No es posible calcular el sufrimiento que ha sentido cada persona en el marco de la pandemia. Esta es una realidad que no se puede medir, pero sí es algo que origina una vivencia que ayuda a identificar en el otro a alguien que puede ayudar a remediar mi mal y que también sufre como yo. La pandemia generó preocupación en mí, ahora reconozco que también la produjo en el otro. El virus trajo dolor físico en mi cuerpo, ahora sé que alguien más también ha sentido ese mismo dolor. Este sufrimiento lo identifico en los demás, sé que el otro también puede sentir igual que yo. Ahora veo que el otro es un alter ego.

En el tercer estado se encuentra la relación con la muerte. Esta es una condición de la existencia que saca al sujeto de sí y le advierte que hay algo fuera de él. Lévinas menciona que en la cercanía a esta circunstancia «el sujeto entra en una relación con algo que no proviene de él»<sup>4</sup>. Esta le permite abandonar la centralidad egoísta del pensamiento para identificar a quienes están a su alrededor en un ejercicio de empatía. De tal forma, la muerte adquiere un nuevo sentido frente a la razón, ahora se configura como un mecanismo para la alteridad.

En la praxis, el proceso de empatía con respecto a la muerte le permite a la persona que ha estado cercana a esta realidad o que ha

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, 109.

<sup>4</sup> *Ibid.*, 110.

perdido a alguien de su entorno situarse en el lugar de quien también ha vivido dicha circunstancia. Esta es una realidad que afecta a cualquier persona, y a partir del ejercicio de empatía se empieza a comprender la situación del otro.

Por último, se puede apreciar que el proceso de empatía que permite identificar en los otros un alter ego por medio de los estados de la soledad, el sufrimiento y la muerte ayuda a redescubrir el rostro de los demás y a hacer más cercano el encuentro con el otro. Estos elementos de cercanía y de reconocimiento se encaminan hacia el mejoramiento de las relaciones interpersonales, buscando la promoción de acciones guiadas por valores como la empatía, la solidaridad, la tolerancia y el respeto.

El desarrollo y perfeccionamiento de la sociedad se da en la construcción de seres humanos que actúan a partir de criterios éticos y morales guiados por la razón. La identificación del otro como un alter ego es el proceso de humanización, en el cual el ser humano se edifica como alguien con la capacidad de reflexionar sobre sus actos en relación con los demás. La pandemia no debe ser motivo para la deshumanización de la sociedad, al contrario, debe ser el puente que permite encaminar las acciones y valores que deben distinguir nuestra condición humana, pues somos seres dotados de razonamiento. La cura para los malestares éticos en la sociedad producidos por la pandemia está al alcance de todos y se aplica mediante el ejercicio de la empatía y la alteridad.

# ALIMENTO GLOBAL CON ALMA LOCAL

GLORIA ESPERANZA NAVARRO SÁNCHEZ

Bogotá, D. C.

Tercera mención

RELLENAS DE ALGÚN TIPO DE CARNE, DE QUESO O DE VEGETALES. Saladas, dulces o agridulces. Con cobertura de masa de maíz, trigo o algún otro cereal. Fritas o al horno. Siempre deliciosas. Con sus miles de variedades las empanadas son uno de los platos más conocidos y más apetecidos en todo el mundo. Nadie sabe a quién se le ocurrió la idea de crear algo tan sencillo y funcional: contenedor, cubierto y alimento al mismo tiempo. Se especula que surgieron «de la necesidad de transportar la comida ya preparada lejos de casa» (Apicius, 1995) cuando faltaban muchos siglos para que se inventaran las loncheras, los portacomidas y los refrigeradores portátiles. Según cuenta Barberis (2008), quizá fue en la antigua Persia, siglos antes de Jesucristo, donde se prepararon por primera vez. A Colombia, igual que al resto de América Latina, llegaron con los conquistadores españoles, y a España las llevaron los árabes en el siglo VIII. A cada lugar al que llegaron se adaptaron a los ingredientes disponibles y se integraron como parte de las culturas



locales, en las cuales son más que alimentos, forman parte del alma de los pueblos. Quizá por eso son tan inspiradoras, generadoras de progreso e igualitarias.

Las empanadas han sido motivo de inspiración para crear desde obras líricas hasta monumentos y festividades. En el siglo XIII el rey Alfonso X el Sabio habló de ellas en una de sus *Cántigas de Santa María* (Andrade, 2007). En Colombia hay monumentos dedicados a este alimento en Manizales (Caldas) y en Caicedonia (Valle del Cauca), este último está acompañado de una placa que dice: «Amarillísima y amadísima empanada: serás eternamente nuestra pasión porque te comimos, te comemos y siempre te comeremos. Caicedonia agradecida, 2005», mientras que en el municipio de Rionegro (Antioquia) se lleva a cabo de forma anual la Fiesta Nacional de la Empanada, en el barrio San Antonio de Pereira. Y por estar presentes en todos los rincones del planeta, también hay un día dedicado a celebrar su existencia: el 4 de octubre.

Pero que sean tan inspiradoras no se relaciona solo con el hecho de que consumirlas constituya toda una experiencia alimenticia que involucra los cinco sentidos, sino también con que estos sencillos y exquisitos bocados son generadores de progreso. En el caso de Colombia, las empanadas tienen mucho que ver con la construcción y el mejoramiento de barrios, parques comunitarios, colegios y parroquias, o con poder obtener el dinero suficiente para ir al anhelado paseo de grado undécimo. También son el medio de subsistencia de miles de familias que a lo largo y ancho de la geografía nacional viven de su venta, ya sea informal o formal. Bien conocidas son las historias de personas que a partir de una antigua receta familiar construyeron verdaderos emporios de la empanada y que han resistido a la fuerza de ese huracán llamado Covid-19, que vino en 2020 a intentar arrasar la economía mundial; así como los relatos de quienes vieron en ellas una oportunidad de emprendimiento en medio de la inusitada crisis y las venden por medio de

redes sociales, en la puerta de sus casas o por encargo, entre sus familiares y amigos cercanos.

Y es que las empanadas, si están bien hechas y logran seducir a los comensales, se venden bien donde sea, en una esquina de barrio o en un local dentro de un lujoso centro comercial. Se puede decir que son igualitarias, le gustan a la gente de todos los estratos socioeconómicos y de todos los espectros políticos. Tal vez alrededor de unas cuantas empanadas doradas se pueda llegar más fácil a acuerdos fundamentales, como el porcentaje de aumento del salario mínimo legal, infaltable motivo de discusión entre el Gobierno, los empresarios y los líderes sindicales cada fin de año. Los involucrados deberían hacer el intento y compartir en cada sesión una bandeja o un ramo de estos deleites. Sí, hasta en románticos ramos se pueden encontrar hoy en día.

Son tan igualitarias que cualquier persona puede aprender a prepararlas. Solo es cuestión de tener voluntad y paciencia. En mi caso fue ver al exarquero Óscar Córdoba lograr unas de muy buen aspecto en el programa de televisión Máster Chef Celebrity lo que me motivó a querer hacer mis propias empanadas. Luego de ver unos cuantos videos tutoriales en YouTube hice el intento. Las primeras se me desbarataron y me tocó convertirlas en arepas, pero una vez pude dominar la masa de maíz y darle el grosor adecuado con el rodillo logré hacer unas deliciosas rellenas de carne de res molida, papa y sofrito de cebolla, ingredientes claves de mis empanadas ideales, esas que con su olor, sabor y textura crocante por fuera y suave por dentro tienen el poder de transportarme a mi infancia, así como le sucedió al temido y antipático crítico gastronómico de la película *Ratatouille* (2007).



# LOS AUTORES

## José Luis Pemberty Tamayo

Nació el 24 de abril de 1996. Estudió Filología Hispánica en la Universidad de Antioquia. Recién publicó su primer libro de poesía: *A oscuras*. Es lector de Jorge Luis Borges, Álvaro Mutis y Constantino Cavafis. Escribe porque encuentra en la literatura la posibilidad de hacer cosas excepcionales con tan solo un lapicero y una servilleta.

## Eduar Javier Vega Pérez

Nació el 16 de diciembre de 1979. Es docente de la Institución Educativa Manuel Germán Cuello, en Valledupar. Cuando era un muchacho, en la biblioteca de su pueblo, Manaure Balcón, se fascinó con la lectura de Italo Calvino, Herman Hesse y Dino Buzzati. Desde entonces no ha parado de leer. Ha sido ganador y finalista de otros concursos literarios.

## Lizeth Rátiva Cuevas

Nació el 5 de diciembre de 1990. Estudió Artes Escénicas en la Academia Charlot. En la adolescencia llenaba cuadernos con relatos basados en sus experiencias personales. Más adelante escribió

guiones para cortometrajes. Escribe porque se siente libre de verdad, porque puede poner en palabras todo lo que no puede decir en voz alta.

### **Lesly Dayana González Fajardo**

Nació el 31 de marzo de 1981. Es diseñadora industrial y docente del Centro de Estudios Artísticos y Técnicos (Ce-Art), en Bogotá. A los ocho años quedó maravillada con el libro *Los aventureros* de Harold Robbins. Es lectora voraz de *best sellers*. Hace cinco años decidió escribir y participó en varios talleres de escritura en la ciudad. Escribir para ella es algo tan natural como respirar.

### **James Vavasour Carter**

Nació el 30 de junio de 1972. Es docente de inglés de la Universidad de Córdoba en Montería. Nació en Londres y en 2002 decidió venir una temporada a Colombia. Se quedó, y hace tres años se nacionalizó. Durante la pandemia se propuso escribir ficción en español. Terminó una novela corta y escribió el cuento con el que ganó la segunda mención en el Concurso Nacional de Escritura.

### **Gerardo Guacaneme Valbuena**

Nació el 31 de enero de 1981. Es ingeniero electrónico y trabaja como analista de datos en una empresa. Lee todo lo que cae en sus manos, en especial divulgación científica y ciencia ficción. Desde joven ha escrito textos narrativos como pasatiempo. Escribe no como un oficio sino como una manera de conectarse consigo mismo.

### **Wilson Renet Artunduaga Rojas**

Nació en 1968. Es licenciado en Lenguas Modernas con énfasis en Inglés y se desempeña como docente de la Institución Educativa Jesús María Aguirre Charry, en Aipe. Wilson es un lector voraz, entre otros, de autores y diarios en lengua inglesa; es admirador de

los ensayos de William Ospina debido a su interés por el país y su forma de entenderlo, valorarlo y defenderlo.

### **Hernando Castellanos Silva**

Nació en 1996. Es licenciado en Español y Literatura de la Universidad Industrial de Santander. Aunque es un cuentista desde el inicio de su carrera universitaria, Hernando se siente a gusto con el ensayo, pues lo entiende como una forma de pensar la lectura. Esa es la principal razón por la cual *Formas breves*, esas «páginas perdidas» en el diario de Ricardo Piglia, está siempre junto a su almohada.

### **Carlos Hernán Saraza Naranjo**

Nació en 1958. Es docente del área de Matemáticas y Estadística de la Corporación Universitaria Santa Rosa de Cabal. Le gusta escribir, en especial sobre pedagogía, y fue ese interés el que lo animó a participar. Si bien autores como Fernando Savater y Héctor Abad Faciolince son sus favoritos, es lector copioso y le gusta dialogar con autores que escriben sobre el aprendizaje significativo.

### **José Esteban Landínez Landínez**

Nació en 1977. Es docente en el Colegio Integrado Camacho Carreño, de Suratá, Santander. Siempre quiso narrar, pero su talento estaba en el ensayo, al que entiende como un lugar para compartir su postura fundamentada sobre un tema. Sus principales autores son ensayistas: Russel, Stuart Mill, Fromm; aunque reconoce entre sus progenitores literarios a Poe, Huxley, Vargas Llosa y Cervantes.

### **Cristian Darley Guerrero Ramírez**

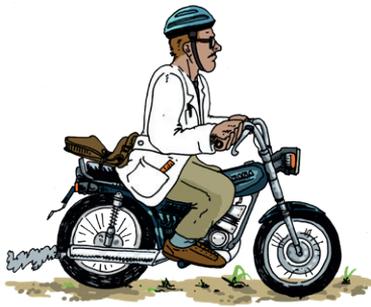
Nació en 1991. Es estudiante de la Licenciatura en Filosofía y Educación Religiosa, de la Fundación Universitaria Católica del Norte. Le gusta la filosofía para entender la vida y asumirla críticamente, por eso le interesan autores como Lévinas. La escritura es

para él la posibilidad de emprender un camino propio, y le permite discutir con el pensamiento de otros autores, con los que puede abordar los problemas a los que se enfrenta en su propia existencia.

### **Gloria Esperanza Navarro Sánchez**

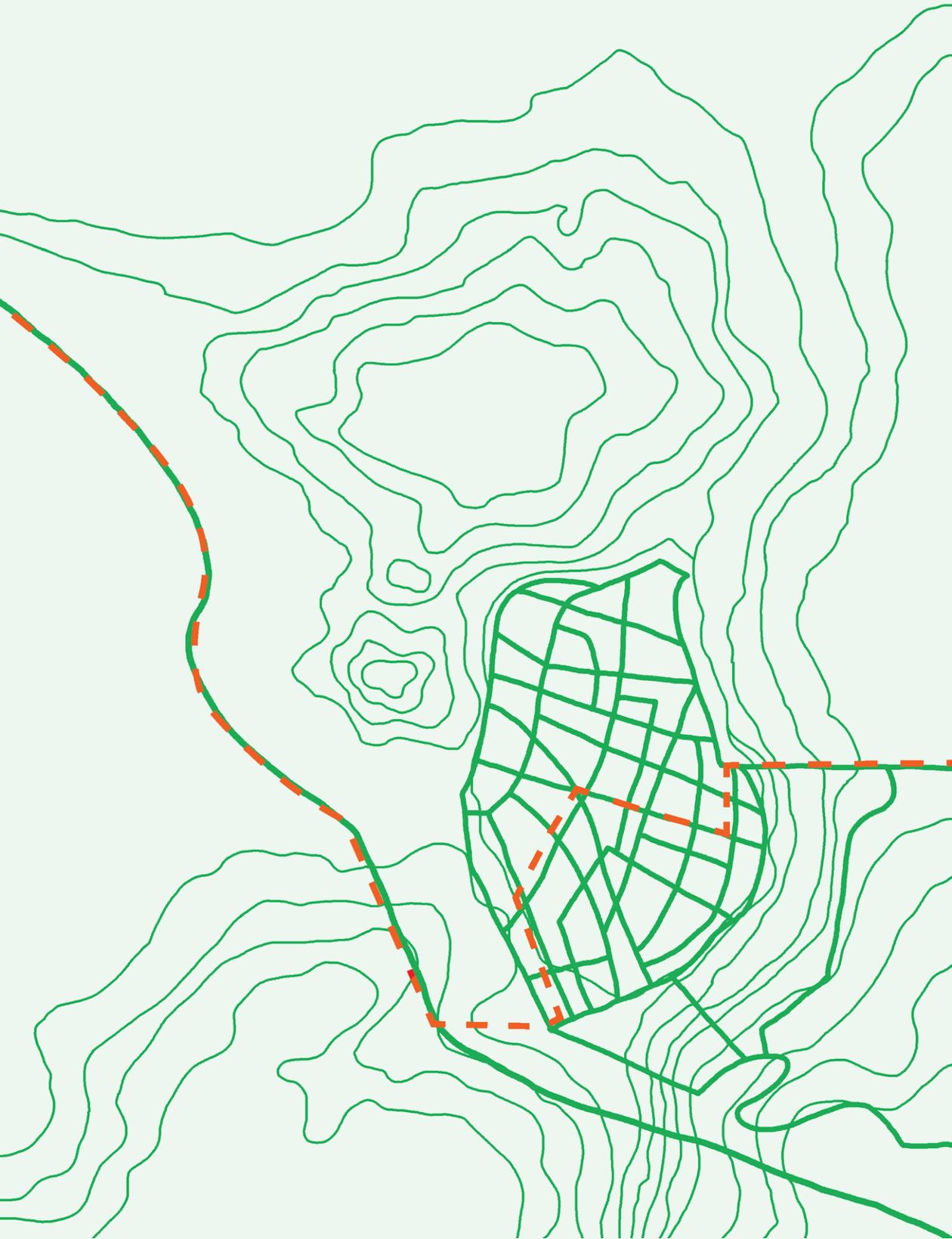
Nació en 1978. Es estudiante del doctorado en Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Lo que más le gusta en la vida es leer y escribir, al punto que su lectura favorita y permanente es el diario de los domingos. Aunque ha participado en otros concursos, no lo había hecho nunca con un ensayo.





Este libro se terminó en Bogotá D. C.  
el mes de mayo 2021

En su composición se utilizaron  
las fuentes Dolly y Zeitung.





El futuro  
es de todos

Gobierno  
de Colombia



Este libro es una antología. Una selección de los mejores cuentos y ensayos de una convocatoria que reunió a 22 845 colombianos durante este inesperado 2020. Son 30 textos que representan la multiplicidad. 18 cuentos y 12 ensayos que reaccionan de formas distintas ante una realidad cambiante y muchas veces dura, a la que tendríamos que ver con la perspectiva de quien observa una panorámica y de repente fija su mirada en algún color, píxel o trazo particular.

En este libro se recoge parte de la pluralidad y disparidad de los territorios que hemos habitado y nos han construido. Esto nos permite vernos en este momento particular de la historia. Un menú de miradas al inquietante acto de fe que supone ser colombiano, como diría un famoso personaje de Jorge Luis Borges.

Esta antología, además, recoge las voces de distintas generaciones, escritas con variadas técnicas literarias. Los lectores, con sus imaginarios y derroteros, podrán convivir o dialogar con estos relatos y conversaciones, que bien podrían ser la propuesta de una radiografía nacional.



CERLALC

Organización  
de las Naciones Unidas  
para la Educación,  
la Ciencia y la Cultura

Centro Regional para el Fomento del  
Libro en América Latina y el Caribe  
Bajo los auspicios de la UNESCO

